

# EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, MAYO 22 DE 1898.

NUMERO 21.



Una cabeza artística.--Cuadro de Benjamin Constant.

## Política General.

RESUMEN.—LA MUERTE DE GLADSTONE.—SU RESONANCIA EN EL MUNDO CIVILIZADO. LA OBRA DEL ESTADISTA, DEL APOSTOL Y DEL PENSADOR.—UN DISCURSO ALARMANTE.—LAS DECLARACIONES DE MR. CHAMBERLAIN.—LA ALIANZA ANGLO-AMERICANA.—SU ORIGEN.—SU HISTORIA.—CONDICIONES DE SU POSIBILIDAD.—RECELOS FUNDADOS.—EL EQUILIBRIO EUROPEO Y EL EQUILIBRIO AMERICANO.—PROFECÍAS SIN FUNDAMENTO.—CONCLUSIÓN.

Aunque desde hace tiempo era esperada la muerte del ilustre estadista, que por más de medio siglo ha encarnado el movimiento político de la Gran Bretaña; aunque todos veían con sobresalto esa puesta magnífica del gran sol, que ha brillado con resplandores deslumbrantes en la tribuna parlamentaria, y á cada momento esperaban la infausta nueva que anunciara la muerte de Gladstone, la noticia ha producido un hondo estremecimiento en el pueblo y en el gobierno del Reino Unido, y transmitida con celeridad asombrosa por esos hilos que unen la gran metrópoli inglesa con todas las poblaciones del mundo, en la gran extensión del poderoso Imperio colonial, ha producido hondo pesar en todas partes, ver como cae en la sombra el formidable atleta, el vigoroso gladiador de la palabra, el sabio hombre de Estado, que lleva tras sí los votos de todos los que anhelan días de libertad para los oprimidos, horas de redención para los esclavos, raudales de luz para los que gimen en la sombra.

William E. Gladstone baja al sepulcro entre las bendiciones del pueblo inglés y las de los liberales de todo el mundo civilizado. Fué un luchador incansable; quiso ser, y lo logró, el porta-estandarte de las ideas más avanzadas en esa admirable constitución política de Inglaterra, y paso á paso, recorriendo lentamente todas las etapas que apartan el escaño humilde del estudiante de Oxford, del dorado sillón en que se sienta el jefe del gobierno del gran Imperio Británico, recorrió todos los espacios, venció todos los obstáculos, se hallaron en su camino todas las dificultades.

Por raza, por educación, quizá hasta por temperamento, Gladstone era conservador; sus primeras armas en el Parlamento, fueron á favor del antiguo partido *tory*; pero sediento de saber, abierta su inteligencia á los raudales de luz, que suministra el estudio y la experiencia, fué evolucionando poco á poco aquel espíritu escogido y superior, fué dejando hacia atrás el opulento ropaje de los viejos *tories*, desdendiendo las galas ostentosas y las brillantes pompas en que había nacido y se había educado, y entró de lleno en las ideas de transformación lenta y gradual; rompió los antiguos moldes á que se había acomodado su espíritu, y, águila caudal, se cernió en espacios purísimos, á donde no pueden ascender sino los géneos superiores.

\* \*

Bosquejar en unas breves líneas la vida del *Grand Old man* que acaba de extinguirse en el castillo de Hawarden, sería tarea muy superior. Fuera necesario condensar en breves expresiones toda la historia de Inglaterra en el presente siglo, ó por lo menos hacer el resumen del largo y glorioso reinado de la actual soberana, pues en todas las luchas entre la tradición y la libertad, en todos los combates para efectuar los avances á que ha llegado el Imperio Británico, allí se ha encontrado Gladstone, unas veces acaudillando las oposiciones, otras sosteniendo con admirable energía el programa político de su partido en el ejercicio del poder supremo.

Cuando se piensa y se considera en el espléndido aislamiento en que, según la expresión de Lord Salisbury, se ha colocado en estos últimos años la Gran Bretaña; cuando se analiza ese alejamiento, esa separación en que el gobierno conservador se ha puesto, hay que pensar, como algunos políticos ingleses, que falta vigor á las filas liberales, falta el soplo que las animaba, la voz que las enardecía, el espíritu superior que las alentaba; que á la retirada del gran estadista, la carga ha sido pesada, la tarea superior para los jefes de ese partido: ni Rosebery ni Balfour han podido seguir las huellas de su antecesor, y en medio de la tormenta deshecha que se ha desatado contra la política inglesa, en medio de lo que pudieran llamarse fracasos en Armenia y en los Balkanes, en

Constantinopla y en Pekín, se echa de menos la presencia de Gladstone, apóstol para los cristianos de Oriente, escudo inquebrantable opuesto contra los avances de Rusia en las conferencias de Berlín, campeón de la manumisión de Creta y de la preponderancia helénica, sobre las tendencias inicuas del Sultán de Turquía.

\* \*

Pero el sol ya declinaba: las fuerzas habían abandonado al atleta, la voz se apagaba en la garganta del orador, el brazo firme que en otro tiempo embrazó la fuerte lanza y la potente adarga, se rendía ya al peso de los años. Tuvo que abandonar el poder en manos de Lord Rosebery y retirarse á su hermita de Hawarden, dedicando sus ocios á estudios teológicos que nunca habían sido extraños á las lucubraciones del pensador. Y la edad avanzaba; el roble gigantesco se doblegaba al peso de los años; la roca enhiesta se veía arrancada de cuajo por el oleaje de la vida; la lámpara de la inteligencia, que fué un faro en las tormentas políticas, se extinguía poco á poco en las soledades de aquel jardín cultivado por las maros del hombre y poetizado por las vigilias últimas del filósofo.... y llegó la muerte, y el hombre se reclinó como en un lecho perfumado para tomar el último descanso. Lo merecía bien, había luchado hasta lo último. Tiene derecho á la inmortalidad.

Para juzgar la obra del estadista y del pensador, aún no es tiempo; todavía no se acallan los gritos de la pasión, las protestas de las rivalidades, las exclamaciones de los que fueron vencidos. Esperemos; pero entre tanto, hay que rendir un tributo á su grandeza, al ver esa ofrenda de lágrimas y de flores que riegan el sepulcro del *Grand Old man*.

\* \*

Inmensa resonancia ha tenido, aquende y allende el Atlántico, el discurso pronunciado últimamente en la ciudad de Birmingham por el H. Joseph Chamberlain, ministro de las Colonias en el gabinete conservador del gobierno británico. Podrá no tomarse como una declaración oficial del gobierno inglés, lo aseverado por uno de los miembros del gabinete; pero es indiscutible que dada la gravedad del asunto, las palabras del ministro tienen que ser pesadas, analizadas y estudiadas profundamente en todos los gabinetes europeos.

Apuntar como aceptable una franca alianza anglo americana, indicar como conveniente la íntima unión de los dos grandes pueblos anglo-sajones: del Gran Imperio Británico que después de las suntuosas fiestas del Jubileo, acaba de apretar los lazos que lo unen á sus colonias, acaba de estrecharse íntimamente con todos sus pueblos extendidos sobre la haz de la tierra y en vigoroso nudo presentarse ante el mundo como la primera potencia marítima, por la unidad de su colosal Imperio, y la gran República norte-americana que pretende ser el porta-estandarte de la civilización en el Nuevo Continente: es un punto tan serio, tan delicado, que, aunque no es nuevo, ha alarmado y con razón á las potencias de Europa.

\* \*

Desde el famoso mensaje de Mr. Cleveland dirigido al congreso de los Estados Unidos sobre la cuestión de Venezuela, pendiente con el gobierno inglés, defendiendo y sosteniendo con todo vigor y energía la casi olvidada doctrina del presidente Monroe, las relaciones de los dos pueblos anglo-sajones han sido cada vez más estrechas, se han ido desenvolviendo poco á poco, y lo que entre otros pueblos y otras razas habría podido ser motivo de desavenencias y dificultades, ha servido, por lo contrario, para entablar nuevas y más cordiales inteligencias, y para hablar de la gran misión que tienen que desempeñar esos pueblos en el desarrollo de la civilización universal.

No fué ni pudo ser para los gobiernos, objeto de discusión la doctrina Monroe, por más que aplicada á la cuestión anglo-venezolana, humillaba en cierto modo el orgullo británico, obligándole á someter á arbitraje los que él consideraba derechos inalienables á la posesión de ciertos territorios en las riveras del Orinoco y del Uruán.

Zanjadas las dificultades, desvanecidas las diferencias, calmada la excitación patriótica que

en el primer momento hizo explosión entre los dos pueblos y hasta llegó á amenazar con un conflicto armado, se encontró una hermosa coyuntura para celebrar un tratado que se presentaba como modelo ante las naciones civilizadas. En él se prometía que todas las dificultades, todas las diferencias que pudieran surgir entre los dos países ó entre los dos gobiernos, siempre que no afectaran la dignidad y el honor nacional, fueran sometidas á arbitraje, para alejar por siempre jamás, todo conflicto armado entre pueblos de la misma raza y de los mismos intereses, de idénticas aspiraciones y de iguales tendencias en la marcha del mundo. Aprobado este tratado en Londres, fue desautorizado por el Senado de los Estados Unidos: rivalidades de partido, rencillas de política, acaso el cambio verificado en la marcha general del Gobierno de Washington por las elecciones de 1896 fueron las causas que influyeron para desautorizarla.

\* \*

Pero la idea había sido sembrada, el germen había sido fecundo; en la Gran Bretaña lo mismo que en los Estados Unidos, se habló mucho en la prensa, en la tribuna y hasta en la cátedra sagrada, sobre la perpetua unión que debía reinar entre los dos pueblos; se anunció que al tratado de arbitraje permanente había de seguir el de una alianza efectiva; se pesaron todas las conveniencias, se analizaron todas las ventajas; se llegó á la conclusión de ser aceptable la idea como doctrina, y todos quedaron esperando el momento en que tomara forma viviente.

¿Qué ha hecho Mr. Chamberlain al dar forma retórica en sus declaraciones de Birmingham, qué ha hecho si no cristalizar en un solo pensamiento algo de lo que flota en la opinión pública de su país? No ahora, desde que comenzaron las dificultades europeas en el Extremo Oriente, desde que Alemania puso un pié en territorio chino, tomando posesión del puerto de Kiao-Chao, y Rusia extendió sus dominios al golfo de Petchili, y Francia pretendió extender su influjo más allá del Tonkin, y el Japón se vió amenazado de perder todos los frutos de sus victorias de 1895, desde entonces, se ha hablado por lo bajo de una alianza tripartita formada por la Gran Bretaña, el Mikado y la República Norte Americana.

Temíase que en la concurrencia de rivalidades y ambiciones sobre el Extremo Oriente, estallara la temida conflagración europea, y por eso se apuntaban esas nuevas coaliciones que hicieran contrapeso á las viejas, claras y evidentes en cuanto á la política interior de Europa, pero distintas y embozadas en cuanto se refiere á las posesiones coloniales.

\* \*

No es, pues, una novedad lo declarado por el ministro británico, y si no fuera por las actuales circunstancias de guerra en que se halla empeñada la república americana, tal vez habrían pasado inadvertidas. Pero se ha hablado tanto últimamente de intervención de las potencias en el conflicto hispano americano, se ha dicho tanto de algo más que un simple apoyo moral prestado por algunas naciones á España, que, al indicar la adhesión de Inglaterra á la política americana, en los momentos en que la presente lucha entra en un periodo verdaderamente activo que casi se acerca á los momentos críticos, sólo de ese modo se comprende por qué se reciben con general alarma las posibilidades de esa alianza anglo-americana.

Ciertamente que la Gran Bretaña, uniéndose de una manera efectiva á los Estados Unidos en la actual guerra, sería un inmenso contrapeso que solo podría equilibrar la influencia directa de una ó más potencias continentales. La Gran Bretaña, en medio de las últimas crisis ha podido conservarse sola y aislada á través de todas sus dificultades; ha acudido á sofocar la insurrección de la India, á interponer su influencia, de acuerdo con las otras naciones, para evitar que el turco borrara del mapa el reino de Grecia; ha seguido lentamente su marcha triunfal sobre las márgenes del Nilo y á través de los desiertos del Soudán, acercándose cada vez más á la plaza inexpugnable de Jartún; y á pesar de todas las protestas no ha retrocedido ni un punto en su política ya conocida sobre el Continente Negro. Hoy que las potencias europeas ante el conflicto hispano-americano se limitan á la observación prudente, y declaran la neutralidad efectiva ó se la

## LA SEMANA.

**SUMARIO.**—Heroísmo filial.—Los dramas de México.—Huérfana.—Su historia.—Sus dolores.—Sus verdugos.—Desenlace práctico.—Suicidio frustrado.—La morfina.—Placeres que matan.—La muerte de Gladstone.—Sus virtudes y su talento.—Lo que pierde Inglaterra.

Los Ponson du Terrail, los Enrique Pérez Escribano, los Paul Feval del país, pueden empezar á tajar sus plumas y á vaciar en el papel las innumerables aventuras de una huérfana sin padre ni madre, secuestrada, perseguida, arruinada, torturada por los autores de sus días, aventuras que nos han ocupado ya en nuestra edición matutina y cuyo desenlace se espera con la consiguiente ansiedad.

Huérfana de un rico capitalista español radicado en la metrópoli, vino la desdichada á manos de una parienta, la señora X, quien la confinó en un convento so pretexto de educación. Poco inclinada á la vida monástica, como lo probarán más tarde los hechos, la huérfana llora, sufre, sacude desolada las rejas del claustro como si quisiera desarraigarlas, sin que una voz responda á sus lamentos, ni un eco á sus quejas, sin que una lágrima acompañe á sus lágrimas, sin que una alma compasiva venga á impartir consuelo á sus dolores. Logra al fin, á fuerza de ruegos, conmover á la señora X ó hacer variar el rumbo á sus proyectos y sale del convento para venir á caer en una nueva celada. La señora X la invita á venir á Puerto Rico á presenciar el bombardeo, y se embarcan... para Veracruz. Sospechas y desconfianzas de la víctima, subterfugios y ardides de la señora X. De repente, zas! le presentan á un desconocido que la señora dice ser su esposo y que servirá de padre, ya veremos cómo, á la infeliz desterrada. Llegados á México, comenzaron para la niña los malos tratos, los amagos, los golpes; el padre adoptivo no se separaba del cuchillo de trinchar, para tener en respeto á la niña.

Esta, qué había de hacer! cuando se sufre y se llora sin consuelo, cuando se vive bajo extraño cielo alejada de las risueñas y floridas campiñas y de los valles amenos de la madre patria, cuando se es joven y huérfana no queda más que un refugio, una esperanza, un consuelo: el amor... Y amó, amó como aman las mujeres de su raza y de su suelo, con ardor intenso, con immaculada pureza, con la irrevocable decisión de no amar más que una sola vez y eternamente.

Redoblan entonces los presuntos verdugos las torturas y sufrimientos de la joven; y la vida ya dura y penosa que llevaba, se hizo completamente intolerable. Aquí se precipitan los acontecimientos: la joven desesperada huye del hogar paterno (?) y se refugia en casa de una familia amiga. Los supuestos padres acusan de rapto al novio; el Juez ordena su aprehensión; los enamorados piden amparo, y el Juez de Distrito en turno manda suspender el auto reclamado. El padre putativo, furioso, acomete un día cuchillo en mano contra el novio; se interpone la novia, la golpea el ogro, y en última instancia la huérfana presenta acusación contra sus fingidos padres ante el tribunal correccional, que tramita ya el asunto y dicta los autos conducentes.

Pero aún suponiendo falso el hecho concreto á que nos venimos refiriendo, es inconcuso que todavía, en el seno de la civilización más refinada, en pleno reinado del derecho y de la justicia, existen aún víctimas de la especie indicada; huérfanas oprimidas por sus madrastras, maridos victimizados por sus suegras, niños torturados por sus mayores en edad, sirvientes esclavizados por sus amos. ¿De quién es la culpa? Descartando á los niños, inconscientes é ignorantes por gracia de estado, nos parece que la mitad, por lo menos, de esos males dependen de la ignorancia de las víctimas y la otra mitad de su falta de energía.

Sólo ignorando que hay justicia, tribunales, autoridades públicas protectoras del oprimido; sólo careciendo de valor y de entereza se concibe que haya quien, como la huérfana del cuento, si la hay, sufra vejámenes, se deje imponer yugos, infligir tormentos sin protestar, sin clamar y sin poner de su parte á la fuerza pública que está llamada á suplir las deficiencias de la energía privada.

\* \*

¿Hay ó no hay canevá para un drama? ¿Se puede ó no se puede bordar sobre él una novela sentimental, accidentada, patética? ¡Lástima grande

que los tiempos legendarios hayan pasado para no volver más! ¡Cómo hubiéramos querido ver á Orlando, á lomo de un Pegaso acudir lanza en ristre y visera calada á librar de sus cadenas á la nueva Angélica! ¡Qué brillante oportunidad para que un paladín, un caballero novel con armas blancas y cimera flotante, viniera á matar á los monstruos carceleros de la ideal prisionera! Pero, nada! en los tiempos que corren, á ese género de epopeyas se les llama litigios y querellas; ya no se dirimen en campo abierto y en singular combate; los paladines se arman tan solo de timbres y de papel de oficio, se flanquean, no de un escudero que los asista en el combate, sino de un agente de negocios que los asesore en el procedimiento, y los testigos son simples testigos de asistencia. Hoy se acude al gendarme, quien por cordillera lleva el hecho y á los quejosos á la Comisaría respectiva, se consigna el caso al Agente del Ministerio Público, se *turna* á un juez, quien, tarde ó temprano, acaba por fallar entre un matorral de *considerandos* y de *resultandos*.

No sabemos nada de cierto respecto al suceso, hemos calificado *á priori* de monstruos á los padres y de víctima á la joven, sin prejuzgar la cuestión y por conformarnos á la tradición. Vaya usted á averiguar si no resultarán invertidos los términos del problema y alterados los datos fundamentales. Nosotros ni quitamos ni ponemos rey, nos lavamos las manos, y esperamos tranquilos el fallo del Tribunal. Para enristrar pluma en favor de la víctima, si lo es, nos basta saber que es mujer, que es joven y que es bella; con esas grandes virtudes se conquista todas nuestras simpatías.

\* \*

Más punzante y doloroso es el drama que estuvo á punto de desenlazarse días pasados entre los truces y los rieles del ferrocarril del Valle. Una señora, joven aún, enlutada y acompañada de una niña, su hija, pretendió arrojarla bajo las ruedas de un tren en marcha. La niña, heroica, con la incalculable fortaleza que emana de las grandes pasiones, olvidando su propio peligro, se interpone, forcejea, pide á gritos y bañada en lágrimas socorro, y logra impedir la realización del siniestro intento.

¿Qué dolor profundo, qué desesperación ciega qué desengaño irremediable, qué pasión burlada impelían á esa madre á darse la muerte en presencia de su propia hija, á riesgo de matarla también de dolor? ¿La miseria? ¿la víudez inconsolable? ¿el amor sin esperanza? ¿la enfermedad incurable que roe las entrañas y atenaceas las carnes, sin esperanza de curación ó alivio? No; la morfina! Qué cara se paga la conquista efímera de esos paraísos artificiales que duran un minuto para convertirse eternamente en un infierno! El primer día que por la imperceptible picadura se infiltra en las venas el tósigo, un sopor delicioso, una languidez infinita invaden el organismo. El cuerpo parece flotar en el espacio sin límites y huir de la tierra hacia horizontes más amplios y más bellos.

El espíritu, envuelto en nubes, vaga en el espacio, recorre órbitas inmensas, visita países desconocidos y lejanos; giran en rededor las ilusiones, toman cuerpo y realidad las esperanzas; ante la vista se desenvuelven lineamientos vagos y armoniosos, formas esbeltas y aéreas; cantan las sirenas, sonríen las ninfas, juegan y giran vagamente los efebos; se oyen aletear alas de ángeles, se aspiran perfumes exquisitos....

Más tarde y á medida que la dosis del veneno se acrecienta por inevitable fatalidad, aquel ensueño se convierte en pesadilla, aquella fruición en delirio. Ya no cantan sirenas, aullan monstruos; ya no acarician ninfas, atenacean verdugos; ya no murmura la brisa, ruge la tempestad. A la voluptuosidad sucede el vértigo; visiones pavorosas hacen erizar los cabellos y cubrirse de sudor frío la piel; todo gira en rededor en vertiginoso movimiento; lo siniestro, lo terrorífico, lo macabro oscilan, se mezclan, se confunden produciendo espantosa sensación de angustia; entre las sombras se abren bocas de infierno; se sienten quemaduras en las carnes, amarguras de hiel en la garganta; una nausea seca y convulsiva contrae el vientre y anuda las entrañas; ruidos estridentes desgarran el timpano. Se quiere huir, y un sopor pesado maniata é inmoviliza; se quiere orar y en la memoria entorpecida no queda huella de una plegaria; se quiere meditar, reflexio-

nar, discernir, y el pensamiento se escapa del cerebro, vago, informe, inconsistente, como se escapa el perfume de una ánfora cascada.

Cuando se vuelve en sí, el terrible dilema se yergue imperioso insoluble. ¿Prescindir? Imposible; la voluntad narcotizada es incapaz de esfuerzo y de empuje; ya no hay valor para emprender, prudencia para obrar, constancia para persistir. Renunciar supone una lucha de todos los momentos, una resistencia obstinada y perseverante, una energía indómita contra el hábito adquirido y contra el vicio arraigado, y faltan las energías para dar cima á tal empresa. Además, establecido el hábito, prescindir de él es también una tortura; es el abismo en el estómago, el vacío en el cerebro, el frío en el corazón, la ofuscación en el espíritu, la impotencia en el músculo. Privados de su exitante artificial, los órganos rehusan funcionar, no se come, no se duerme, no se trabaja; un hastío profundo é infinito invade la vida; ya no se ama, ni se odia, ni se aspira, ni se emprende, y no queda más conciencia que la del dolor crónico de ya no poder ni gozar ni sufrir, y la del horror infernal de seguir viviendo cuando en realidad se ha muerto ya.

\* \*

A esta altura, se impone el suicidio; el cuerpo, cubierto de úlceras, plagado de abcesos, corroido por repugnantes erupciones, pálido, enflaquecido, inerte, es un harapo; el alma, entenebrecida, estúpida, seca como un bagazo, incapaz de pensar ni de sentir, es un despojo; la vida, árida, estéril, sin flores, sin frutos, sin perfumes y sin oasis, es un erial. No queda más refugio que la muerte, y el morfomano, como el alcoholico son suicidas de necesidad, ya que se den la muerte con la perseverancia en el vicio, ya que aprovechando un instante de lucidez y de fugitiva energía de la voluntad, destruyan de modo violento una existencia insoportable.

¡Oh! no hay que dejarse tomar ni la punta del cabello por ese engrane que atrae, absorbe y destruye la vida entera y toda la felicidad. Los compañeros de Ulises, tapaban sus oídos y se hacían atar á los mástiles para no oír el canto de las sirenas que los atraerían al abismo. Así con el alcohol y la morfina: hay que taparse cuidadosamente ojos y oídos y atarse sólidamente al mástil de la temperancia para no caer en el insondable é incolmable abismo.

\* \*

Gladstone ha muerto. La idea liberal, la idea progresista pierden con él un colaborador infatigable, un luchador casi invencible; el derecho, la justicia, la humanidad, un paladín brillante y osado, un adalid invicto. Ayer aún, después de las luchas parlamentarias y políticas en que ya con Cabden hacía sus primeras armas en pró de la libertad del comercio ó ya con el partido liberal avanzado reclamaba el *Home Rule* irlandés, cuando tantos de su temple y desu empuje caían rendidos y extenuados de fatiga, todavía tenía energías para desarraigar encinas en sus bosques ó para medirse cuerpo á cuerpo con un atleta, con Spencer, en memorable polémica filosófica y política.

Era un inglés de piés á cabeza. Inglés por la inteligencia práctica, inglés por la voluntad vigorosa, inglés por la constancia infatigable, inglés por la corrección de sus costumbres privadas, inglés por su adhesión á su patria y á su familia, inglés por su laboriosidad inaudita, inglés por su respetabilidad incólume.

Retirado de la vida política, porque no quiso su país seguirlo en sus ambiciones de emancipación de pueblos que ahí como en todas partes se juzgan siempre prematuras, se retiró á la vida privada, no intrigó, no conspiró; como Cincinato dejó la espada de combate y el bastón de mando, para empuñar el hacha del leñador.

Inglaterra está, y justamente, de duelo. Ella que es un almacigo de hombres de Estado, que ha dado al mundo grandes guerreros, grandes políticos, grandes financieros, sabe estimar en lo mucho que valen un gran talento y una gran voluntad al servicio de una intención honrada y de una virtud acrisolada, y acompañará llorosa los restos del Grand Old man, del Gran Viejo, como le llamaban cariñosa y admirativamente, á su última morada, que es para los hombres eminentes la mansión de la gloria serena é inmortal.

LOPEZ I.

cios á Baco, á Ceres, á Venus y á su mofletudo chiquitín.....

Pero ya estamos en el Circo donde se penetró con trabajo entre la multitud de concurrentes. ¡Qué inmenso hormigueo de cabezas en las gradas del anfiteatro, que las útimas colindan con el cielo!

Bajo la luz tamizada por el velario color de azafrán, se creería que hay una inmensa canasta de flores humanas dispuestas en forma de cráter. Y de cráter en erupción, de risas, de gritos, de canciones; en explosión continua de llamamientos sonoros y crepitantes que estallan como una fanfarria de trompetas cuando los Consulares ó las Vestales, ó tal personaje célebre ó cual cortesana admirablemente bella hacen su aparición y sobre todo, cuando el César se sitúa en su localidad donde con su esplendor deslumbrante de pedrería, parece el sol descendido sobre la tierra.

Y decir que todos esos ruidos se apagan, primero en un sordo rumor como el de las olas de la lejana mar, luego que un murmullo ligero y en fin en un profundo silencio que no deja oír más que los latidos de los corazones, desde que se ve aparecer en el balcón que domina la entrada principal al Presidente de las carreras, que va á arrojar á la arena el sudario blanco, señal solemne de la partida!

¡Qué graves están entonces todas las fisonomías; los cuerpos inmóviles en actitud de estatuas, las miradas fijas en las barreras tras de las cuales piafan impacientes las cuádrigas!

He ahí la paz, la concordia entre los ciudadanos, la unión perfecta en que trecientas ochenta y cinco mil almas se funden para convertirse en una alma sola: el alma inmensa de Roma....

Y bruscamente vuela el sudario; los cerrojos se corren, las barreras se abren, las cuádrigas se precipitan en el espacio libre y con ellas en un arrebato semejante, estalla el clamor unánime de todo el pueblo saludando á los competidores, esos heroes, esos Dioses, esos cocheros sublimes.

No más los filósofos ó los pontífices, hábiles para penetrar al arcano de las cosas, podrían decir lo que significan los colores de las facciones. En su origen no habia más que blancos y rojos, pero por un misterio se les añadieron los verdes y las azules, y en vano Domiciano intentó agregar púrpura y oro; por último, se resolvió quien sabe por qué ley que solo quedarán verdes y azules en representación de la tierra y del cielo.

En cuanto á mí, yo no sé mas que una cosa y es que frenético é inquebrantable, orgulloso de imitar en esto á los divinos emperadores Calígulas, Nerón, Lucio Vero, Cómodo y Heliogábalo, soy partidario decidido de la facción verde. Y si algún día Roma debe perder, será cuando se vea en definitiva el triunfo de los azules!

¡Tal es mi manera de entender mis funciones de ciudadano romano y mi amor por la gloria de Roma!

Demos tregua á las disertaciones y continuemos describiendo la carrera, que sigue loca y desalada entre torbellinos de polvo. Verdes ó azules, los sublimes cocheros son lo más bello que ojos humanos puedan contemplar: sobre sus carros pequeños y ligeros, de ruedas vertiginosas, con sus túnicas cortas y sin mangas, sus gorras oprimiéndoles frentes, sus látigos reventando, sus anchos cinturones en que se sujetan las riendas y de donde pende el cuchillo destinado á cortarlas en caso de caída, los cocheros son imágenes vivas de Apolo ó por mejor decir sus encarnaciones vivientes.

Quien no ha visto á los cocheros correr en el Gran Circo, desconoce lo que es el verdadero esplendor de los juegos Olímpicos.

Cuando les toca dar la vuelta interior, es cuando más cautivan el entusiasmo; en ese esfuerzo siete veces renovado en cada carrera con peligro cada vez mayor, á medida que los caballos arrebatados por su propio impulso y azuzados por el gope de la fusta se precipitan ciegos, y los clamores del Circo se exaltan ante las maravillas del giro.

¡Cual espectáculo más admirable que el del cohero entonces, inclinándose hacia el caballo de mano para retenerlo mientras que hace volar á los otros para que



Srta. Encarnación O'Gorman

la meta sea alcanzada por el carro sin que la rueda se desprenda! ¡Y qué de más trágico y conmovedor para el corazón, que el choque de la rueda contra la marca final y la caída rápida del carro y la del cohero entre los piés de los caballos, en tanto que llega otro carro y otro más y tropezando con estos obstáculos ines-



RETRATO DE LA SEÑORA ROMERO RUBIO DE DIAZ HECHO EN UNA MAGNOLIA.

perados se precipitan también al fracaso y al desastre; y en unos cuantos segundos, los atalajes, las ruedas, los carros, las bestias y los hombres no hacen más que una masa espantosa y magnífica, convulsa, inextricable, multicolora, disforme, que se revuelca entre una nube de polvo de oro sobre el tapiz de la arena empujando de sangre y semejante á una piel de leon constelada de grandes manchas rojas.....!

¿Y qué de más sublime en fin que el delirio del momento augusto en que se decide la victoria y la muchedumbre de pie gesticula, vocifera, aulla, y desencadena huracanes de cólera y de entusiasmo?

Entónces, agitanse en el cerebro locas ideas de entusiasmo, circula en la sangre calor febril que precipita los latidos del corazón, brota ronca la voz de la garganta seca y asoman á las pupilas y ruedas de las pestañas, las lágrimas, última expresión del sentimiento. Luego esas lágrimas se evaporan sobre los labios que sonrien de felicidad.

Oh! Entonces, qué súbito enorme y pródigo derroche de todas las energías del alma exhaladas en un espasmo más intenso, más profundo, más fulgurante, más apoteótico que el mismo espasmo del amor!

¡Vengan pues si han de venir los días anunciados por los pájaros de mal agüero! ¡Que las sectas nuevas sigan royendo el pedestal de nuestros dioses! ¡Que los bárbaros traspongán la frontera y los destinos de la ciudad de las siete colinas lleguen á su fin!

Mientras ese siniestro hundimiento llega, Roma es Roma, la única, la prestigiada, la prodigiosa donde se alzan mil doscientas estatuas de cocheros, la Roma en fin, donde hay Carreras en el Gran Circo que con sus trescientos ochenta y cinco mil espectadores, es una colosal rosa de mármol con pétalos vivientes.

JEAN RICHEPIN.

LA DENTADURA DE RODGER.

Yo os confieso ingenuamente que siempre habia conservado para mi compañero de habitación una secreta repugnancia—mezcla de temor y odio—expon-tánea hasta cierto punto.

Jorge Rodger—tal era su nombre—durante los dos años transcurridos desde su ingreso al Instituto, no habia logrado de mí la más insignificante intimidación, por más que en ello se hubiese empeñado de continuo, y aunque mi carácter adusto se manifestara más y más á su presencia. el tal no daba señales de advertirlo sino que, por el contrario aprovechaba la menor oportunidad para hacerme objeto de sus atenciones que me exasperaban.

Habia nacido en Texas, donde su familia se hallaba establecida, y ésta, llegado el muchacho á cierta edad, resolvió educarle enviándole al Instituto de que yo era alumno, como pudiese haber mandádolo á otro punto cualquiera.

Rodger era alto y fornido como un carretero irlandés. Pálido, de una palidez mate y cadavérica, á su semblante rara vez asomaba emoción alguna, y solamente en sus raptos de furor ó en sus momentos de bochorno las sombras leves de sus ojeras ensanchá-banse adquiriendo notable intensidad á través del cristal de roca de sus espejuelos

No era un individuo extraordinario para la generalidad; reía poco, lo que no es extraño para nosotros en tratándose de sajones; su inteligencia clara le habia permitido ocupar desde el principio de su internado uno de los primeros lugar de las cátedras, y aún diez meses despues de su ingreso habia dedicádose con tal ahinco al aprendizaje, que al año siguiente estudiá-bamos al par las materias del curso.

Mi cuarto fué entonces removido: se ausentó el compañero del año precedente é instalose en su lugar, á despecho mio, el yanke Rodger ó el de la dentadura, como en general era llamado por carecer completamente de la propia.

No es del todo inoportuno el confesaros aquí la mala impresión que me causaba este individuo, por su aspecto que á mí me parecia repugnante, por su nacionalidad y, sobre todo, por sus dientes artificiales, de una igualdad y de una blancura irritantes.

Tenia yo diez y ocho años, y mi salud quebrantose por aquel entonces al grado de obligarme á guardar cama por muchos dias; una fiebre lenta me debilitaba; interrumpí mi asistencia á las clases y el médico del Instituto encargose de mi curación.

Me limité á recomendar que no se alarmara á mis padres con la noticia de mi mal, dispuesto á pasar á la enfermería, pero mi compañero, sin que yo le supusiese, habia hecho desistir de esta idea al facultativo y permanecí en cura sin cambiar de sitio.

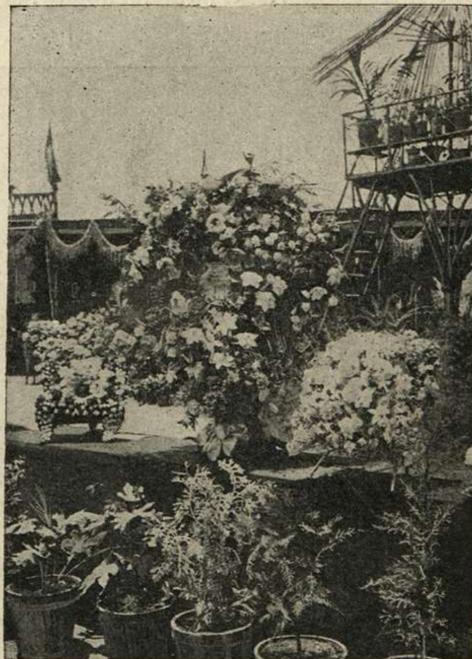
Pasaba los días y las noches sumergido en un profundo abatimiento de los sentidos, sin darme, más que á pequeños ratos, cuenta de mi situación, me visitaba el doctor Cunning dos veces al día, por mañana y tarde, me hacia sacar la lengua, preguntábame cómo me encontraba y se despedía en seguida, acompañado hasta el corredor por el texano á quien señalaba la práctica que para combatir la enfermedad se debía seguir.

Según el doctor Cunning, mi mal databa de la niñez: se me habia hecho estudiar demasiado temprano y mi cerebro no estaba en aptitud de continuar labores tan rudas; necesitaba yo descansar por algún tiempo y volver durante varios meses al lado de mi familia, lo cual habia de contribuir notablemente á mi alivio.

—No sólo hay que luchar contra la enfermedad física, añadía el médico: esto es una complicación de anemia y nostalgia muy común en los muchachos extranjeros.

Cuando esto me contó Rodger, sentado cerca de mi lecho, me sentía acometido de una pujante indignación. ¿Qué quería? ¿Probarme que para él era cosa natural doblar años? ¿Burlarse de mi sensiblería y de mi poca aptitud para los estudios?

Ambas cosas seguramente: no en vano gozaba de



ADORNOS FLORALES Y PLANTAS Y FLORES LAURO ARISCORRETA



UNA CACATUA ENVIADA POR LA SRA. ROMERO RUBIO DE DIAZ.

reservan para más tarde, la decisión en favor de los Estados Unidos inclinaría la balanza de un lado, y no creemos que los partidarios del equilibrio permanecieran inactivos ante esta conducta.

\* \* \*

Pero hasta ahora no es más que una voz autorizada la que se ha hecho escuchar; tal vez en predicción de esas declaraciones, se habló poco de una guerra posible entre Francia é Inglaterra. Será esta guerra ocasionada por la eterna cuestión africana? ¿No habrán alcanzado los diplomáticos los medios suficientes para dirimir las diferencias, y el choque que se ha evitado cuando estaban frente á frente los propios intereses, tendrá lugar acaso por causa de intereses ajenos?

No lo creemos. La profecía no ha recibido confirmación. Esperemos á que se desarrolle la gran tragedia hispano-americana, cuyo prólogo tuvo lugar en Manila, en las aguas del Mar Caribe, y según sea el resultado del formidable combate que hemos de presenciar entre las dos escuadras enemigas, así será también la actitud que asuman los gabinetes europeos.

Entre tanto, nos parece prematuro la anticipación de alianzas é intervenciones.

X. X. X.

19 de Mayo de 1898.

## LA EXPOSICION DE COYOACAN

No es el país en que florecen los naranjos, sino la tierra de prodigio y maravilla en que florece todo con extraordinaria profusión; rien las fuentes, murmuran los arroyos, canta sus eternos himnos el viento enamorado de las eternas frondas, repica á vuelo en las nidadas el piar de pajarillos; y todo este derroche de perpetua primavera, reluce bajo un cielo siempre azul con ese azul que lleva los pensamientos al amor y el alma al éxtasis.

La Ciencia, la grave y observadora ciencia, dice que todo cuanto en el mundo alienta y vive es enteramente adecuado al medio en que nace y se desarrolla. Por eso hay peces ciegos en el fondo de las aguas sin luz, águilas grises en las crestas de los nevados montes y aves de irisado plumaje en los bosques tropicales. La leyenda y la poesía poblaron el mar de sirenas y tritones, la selva de ninfas y faunos; de ondinas y náyades los lagos y los ríos, y de silfos el aire.

En los helados mares del Norte, retozan y se bañan las hijas de Ryan, blancas y transparentes como los ice fields, y con cabellos de un rubio pálido como los resplandores de la luna polar.

La Selva Negra es la mansión de todos los endriagos y de todos los vestigios; bajo la bóveda sombría que forman aquellas frondas oscuras, se celebran todos los aquelarres y graznan y croquean todos los buhos y murcielagos que por la noche salen del profundo abismo.

Todo en la tierra, lo ideal como lo real, es adecuado á su mansión ordinaria; y por eso en Coyoacán que es, como si dijéramos, el Cuartel General de la Primavera, flores y pájaros se dividen el imperio de la vida. La Primavera, así que ve que en Coyoacán todas sus cosas andan bien, sale á expedicionar y á llevar por otros campos del mundo (¡pobres! también es necesario darles algo) brotes perfumados, savia ardiente, rayos de sol y horizontes límpidos; pero luego vuelve, después de rápida ausencia, llena de temores de que no hayan sido suficientes los botones y los nidos que dejó listos y hayan faltado rosas ó gorriones.

Pero ¡qué iban á faltar! Allí hasta las mujeres son flores y aves, sus ropas se antojan plumaje, sus mejillas corolas. Al encontrarse con una niña de esa feliz población, dan ganas de decirle como Víctor Hugo á Deruchette: "Buenos días señorita ruiseñor," ó bien siente uno impulsos de tomarla por la cintura y prendérsela como una camelia en el ojal de la levita.

Pues en ese jardín de Semiramis, en esa isla de Calipso, en esa Arcadia feliz, hicieron una exposición de flores, frutas, pájaros y peces, y resulto lo que debía resultar: El deslumbramiento!

En el local de la exposición, pocos adornos, flámulas y banderas de los colores nacionales, heno y guirnalda de rosas y gardenias, espejos y caprichos florales. La concurrencia abundante y distinguida; muchas mujeres hermosas, deliciosas músicas, animación y alegría.

Del 1º al 8 de este mes estuvo abierta la exposición, se clausuró el día 9 y se hizo la distribución de premios el 15. En las ceremonias oficiales de apertura, clausura y premios, se pronunciaron magníficos discursos é inspiradas poesías que arrancaron aplausos entusiastas, siendo las señoritas oradoras objeto de una verdadera ovación.

El jurado calificador, presidido por la Señorita Emilia Gonzalez Cosío, la formaron la señora Luz González Cosío de López y señoritas Angela O' Gorman, Leonor y Juana Torres Rivas.

El jurado calificador acordó los diplomas de honor y medallas conmemorativas, á las señoras, señoritas y señores siguientes:

Carmen Romero Rubio de Díaz, Dolores Camacho de Landa, Josefina Torres, María Elena Borneque de

## LA EXPOSICION EN COYOACAN



Srta. Juana y Leonor Torres Rivas

la Barra, Guadalupe Terreros de Algara, Isabel W. de de Dublán, Guadalupe Camacho de Icaza, Susana Elguero de García Pimentel, Teresa Campero de García Granados, Elvira V. de Zepeda, Luisa Rincón de Certina, Dolores Malo de Zamora, Guadalupe Crespo viuda de Iturralde, Señoritas, Bendfeld María Echeverría, niña Guadalupe López y González Cosío, Señoritas, Minie Frisbie, Magdalena Frisbie, Dolores Valdez Caraveo, Esther Brito, Carmen Brito, María Breier, Josefina Breier, Leonarda Tolsa, Angela O' Gorman, Paz Tornel y María Mendez Señores Eduardo Liceaga, Luis P. Gloner, Pedro Suinaga, José Arce, Guillermo Ulink y Juan B. Parache.

**Floricultores.**—Vidal Nájera, primer premio y 60 pesos.

Jesús M. Nájera, segundo premio y 40 pesos.

Pedro Lambert, segundo premio y 30 pesos.

Eliseo Herrera segundo premio y 20 pesos.

Eduardo Vázquez, mención honorífica y 10 pesos.

Por ramos de flores, Lauro Ariscorreta, destinado á sus obreros del tiradero de Zoquiapa primer premio y 25 pesos.

Refugio Jiménez, primer premio y 15 pesos.

Juana Dominguez, segundo premio y 10 pesos.

Juana Rodríguez, segundo premio y 5 pesos.



Srta. Angela O' Gorman

Modesta Espinosa, segundo premio y 5 pesos.

Emilia Rodríguez, segundo premio y 5 pesos.

**Horticultura.**—«Sociedad particular» de Xochimilco, primer premio y 20 pesos.

J. Romero, primer premio y 15 pesos.

**Piscicultura.**—Señor Esteban Cházari, primer premio.

**Cerámica.**—Señor Jesús F. Contreras, primer premio.

**Ornamentación de jardines.**—Pédro Lambert, primer premio y 25 pesos.

Tomás Pérez, mención honorífica y 5 pesos.

**Publicaciones.**—Señor Luis G. León, primer premio.

**Premios adicionales.**—Diplomas de primera clase á la Sra. de Zamora y Duque, Srta. Mercedes Ulink, Srta. Hope, Sr. Carlos Rivas, José Montes de Oca, diploma de primera clase y 10 pesos, así como también Miguel Espinola.

Premios de á 5 pesos; Martínez, Gerarda Montes de Oca, Jesús Ramírez Sabina Bravo, Andrés Ramírez, Ramón Espinola, Carmen Ramírez, Trinidad Luna, Pioquinto Ramírez Marcelina Bravo y Emilio García.

Todos presentaron piezas artísticas decoradas con flores jardineras, coronas, grandes palmas, etc, haciendo llamar la atención la jardinería de las Señoritas Torres Rivas, un cojín forrado de raso azul con camelias, lirios del japon, azaleas y otras

flores, formado por Angel Montes de Oca, un zenzonte que silba á la perfección, el Himno Nacional, y un cacatúa raro por sus colores, enviados á la Exposición por la Sra. Carmen Romero Rubio de Díaz.

También se hizo notable por su originalidad una pescera compuesta artísticamente con flores naturales, algunas de ellas parafinadas, flores artificiales y aves disecadas.

Pero lo que ante todo mereció vivos y entusiastas elogios, fué un bellissimo retrato á colores, de la Sra. Romero Rubio de Díaz, hecho con rara perfección en la hoja de una magnolia.

Hoy publicamos copias de algunas fotografías de la Exposición de Coyoacán.

## ROMA GLORIOSA

Dejemos refunfunar á los estoicos de cabeza calva y barba crecida; dejémosles decir que la corrupción de las costumbres públicas y privadas hizo de Roma la cloaca Máxima del mundo. Dejémosles catonizar contra las sectas nuevas encaminadas á roer por la base el culto de los antiguos Dioses protectores de nuestra gloria y scipionar contra los bárbaros destinados á borrar poco á poco las fronteras del imperio! Dejemos á todos esos pájaros de mal agüero pregonar que la fortuna de la Ciudad de las siete colinas ha llegado á su término! Dejémosles hacer y vivamos! Porque los oráculos Sibilinos nos aseguran la eternidad, porque los Bárbaros están lejos, porque las costumbres son lo que siempre han sido, porque los Dioses nos aman aún, porque el imperio se sostiene apesar de todo y porque Roma existirá en tanto que exista el Gran Circo construido por Julio Cesar reconstruido por Neron, embellecido por Tito, restaurado por Domiciano, acabado por Trajano y en el cual las carreras se apuestan hoy en presencia de trescientos ochenta y cinco mil espectadores.

¡Por Epona, diosa de los caballos! ¿No basta á nuestra gloria este arte de las carreras que entusiasma al pueblo entero, desde las más altas clases hasta las más humildes y famélicas de la plebe? ¿Este arte maravilloso que ha contado en el número, no solo de sus admiradores sino de sus cultivadores, emperadores en persona, como Caligula, Neron, Vitelio, Lucio Vero. Cómodo, Caracalla, Domiciano y Heliogábalo?

Recuérdese el prestigio que le dan los hechos históricos:

Vitelio en su juventud fué curandero de las cuerdas del partido de los azules; Caligula hizo un obsequio de dos millones de sextercios al cochero Eutycho del partido de los verdes; el mismo Caligula hizo Cónsul á su potro Inc'tatus, y en fin, el cochero Hierocles acabó por ser favorito del divino Heliogábalo.

¿No será pues razonable afirmar que para negar la grandeza de las carreras es necesario estar ciego, puesto que el gran Circo es por sí solo como una gran ciudad y puesto que Roma posee cerca de mil doscientas estatuas de cocheros del Circo?

Oh! grandeza de las carreras! Y sus delicias, y su embriaguez, y los esplendores de espectáculo semejante y los encantos sin límites que le acompañan y le sirven de primicias! ¿Quién podría pintarlos, á no contar á la vez con el aliento épico del viejo Eneas, la gracia descriptiva de Virgilio, la facundia de Ovidio, la precisión de Manlio y el ingenio de Marcial?

Y sin embargo... ¡oh suaves y formidables placeres! ¿quién puede haberlos probado sin que le quede el deseo de describirlos?

Desde la llegada al Circo, en las puertas mismas, bajo el vestibulo de corredores en arcadas, empieza la fiesta de la alegría en la multitud charlatana y tumultuosa que se apiña ante los puestos humeantes de las frituras, los mostradores de los vendedores de vinos, los acróbatas que hacen prodigios de fuerza y destreza, los astrólogos y los hechiceros que hacen pronósticos, las cohortes volantes de hermosas Sirias provocativas, los danzantes gaditanos con sus castañuelas y tamboriles....

Ah! cómo mienten los que afirman que están cayendo en olvido los antiguos Dioses! No tienen más que venir aquí y ver con qué fervor se hacen sacrificios.

Cristóbal Colón ¡cuántas luchas contra los desencadenados elementos, cuántas audacias hijas de los ensueños del genio, cuánto sacrificio y cuánta víctima!

Pero en medio de todo esto, el Progreso de la humanidad, impassible y sereno haciendo su camino sobre la tierra. . . .

Los fenicios, los griegos y los cartagineses surcando el Mediterraneo, fundaron colonias que llegaron á ser emporios de comercio y de civilización; y Génova, Venecia y Constantinopla, llevaron el poder de su marina por todo el mundo, multiplicándose con el cambio de productos la riqueza universal.

Mientras así avanzaba el comercio, la ciencia no estaba ociosa; los geógrafos recogiendo datos enmendaban los errores que sobre la extensión de las tierras y los mares se tenían; surgió el problema de la redondez de nuestro planeta y se inventó la brújula.

El descubrimiento de America y el viaje de circunnavegación de Magallanes, completaron esa obra que ahora está próxima á tener su epílogo en la conquista del Polo.

Pero siempre que á la memoria vienen todas las grandezas de la marcha humana, se sienten en el corazón nobles impulsos de respeto y de gratitud por los sábios heroicos que han venido presidiendo á estas evoluciones del progreso.

Inspirada en estos sentimientos la más conspicua Sociedad Científica del país, en su género, la Sociedad de Geografía y Estadística, celebró antenoche una Sesión pública y solemne en la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, y la consagró á la memoria de Vasco de Gama en el 4º Centenario de su descubrimiento del camino á las Indias Orientales.

El Señor Presidente de la República asistió á este justo homenaje rendido á un navegante ilustre, y la velada resultó verdaderamente digna de su objeto, tanto por la parte literaria encomendada á distinguidísimos oradores cuanto por la musical que estuvo á cargo de la Orquesta del Conservatorio Nacional y otros notables artistas.

La imponente y selecta velada terminó ejecutándose en la orquesta el Himno Constitucional portugués.

Toda la concurrencia al escucharlo se puso de pié, tributando así un justo homenaje de simpatía á la nación amiga en que nació el famoso navegante Vasco de Gama.

Habíanse distribuido invitaciones artísticas de mucho gusto, entre las más distinguidas familias de la sociedad, los miembros prominentes de sociedades científicas y literarias y los representantes del Cuerpo Diplomático. Dichas invitaciones, sujetas con cordoncillos de seda rojos, tenían un magnífico grabado que representaba la figura de Vasco de Gama sobre un pedestal, con el escudo de la nación portuguesa y algunas palmas, signos del triunfo.

Bajo un arco se ve una carabela sobre las ondas del mar encrespado, y en la parte superior del grabado el águila mexicana.

La concurrencia fué numerosa: los palcos primeros y segundos estaban ocupados por señoras y señoritas que lucían trajes de gran lujo; en los asientos destinados á los representantes del pueblo estaban distinguidos caballeros, como funcionarios y empleados públicos de categoría, profesores, representantes de la prensa, etc. En los Palcos del frente los Ministros Plenipotenciarios de las naciones extranjeras, entre los cuales vimos á los de Portugal, España, Estados Unidos, Bélgica, el Japón é Italia y casi todos los cónsules.

Las galerías se vieron inundadas por estudiantes.

\*\*

Ahora que los grandes trasatlánticos movidos por enormes máquinas, forrados de planchas de cobre y divididos en compartimentos que alejan el peligro de las vías de agua, cruzan serenos y magestuosos el océano desafiando á la tempestad; ahora que los marinos cuentan con aparatos perfeccionados de observación astronómica y con mapas rigurosamente exactos; ahora que se rompen las trombas á cañonazos y se iluminan las nieblas con proyectores eléctricos; ahora que hay faros en los puertos y campanas de alarma sobre los escollos, se llena el ánimo de asombro y de respeto al pensar en Vasco de Gama, en Colón y

en Magallanes que se lanzaron á las vastas soledades del Océano en barquichuelos que nosotros los de la generación actual, tendríamos miedo de usar para un paseo á la orilla de la costa.

Ahora, si el Dr. Nansen proyecta una visita al Polo, sabe de antemano que va á resistir bajísimas temperaturas, que hay por allí noches que duran meses y días tan largos que enferman la retina; sabe que en la tierra tal hay depósitos de carbón, y en la cual al macenes de provisiones; que hallará hombres hospitalarios y trineos y perros, y que hay que buscar focas para proveerse de grasa y que huir de los osos blancos.

Entonces, los marinos se lanzaban á la ventura, sin idea del clima ni de los peligros que iban á afrontar, y hubo entre los tripulantes de Vasco de Gama quien creyera que se estaba incendiando el firmamento cuando vieron la aurora boreal al doblar el Cabo de Buena Esperanza.

Las tempestades tropicales estuvieron á punto de hacer fracasar la expedición de Colón, y el calor de las islas antillanas despertaba supersticiosos recelos en el ánimo de sus marinos. No menores fueron los sufrimientos de Magallanes en las costas de la América del Sur; y si se comparan las gratas y deliciosas emociones de Cabral en el Amazonas con los peligros que corrió, resulta que estos últimos fueron mayores.

Por eso mientras más vá aumentando en cultura la humanidad, más reconoce los servicios que debe á los grandes luchadores del progreso.

En la infancia de la humanidad, los hombres audaces y resueltos inspiraban terror supersticioso: la civilización griega y la romana los elevó á la categoría de semi dioses y les consagró himnos y les levantó altares; el mundo moderno, pesa, aquilata, analiza las virtudes de sus benefactores y les ofrece el incienso de su gratitud.

Ese deber acaba de cumplir la Sociedad de Geografía y Estadística mexicana, al celebrar con una velada solemne, el 4º Centenario del descubrimiento del Camino Marítimo de la India.



La lección de piano.

la fama de envidioso, que los compañeros le atribuían.

Sin embargo, no le dirigí una sola palabra: cuando hubo concluido me concreté á dar media vuelta sobre el catre y hundi entre las almohadas la cabeza.

El sañón había acabado por ser una pesadilla para mí; en todos mis delirios culminaba siempre el semblante de Rodger; aparecía á mis ojos rodeado de cierto satanismo terrorífico y odioso; su figura pálida é impasible y venía, pasaba y repasaba en el rojo horizonte de la fiebre con las repeticiones de un kaleidoscopio; á veces la fantasma sonreía mostrando los dientes luminosos, se acercaba hasta mí, que poseído de inquebrantable embarazo permanecía inmóvil bañado de frío sudor, y sus enormes manos de esqueleto apoderábanse de mi cabeza enardecida elevándola sobre los almohadones del lecho.

En las primeras horas de la mañana, al despertar, me acometía el deseo de irme lejos de aquel personaje fantaseado por la calentura, y ponerme al cuidado del enfermero general, pero deteníame siempre la idea de dejar adivinar mis terrores y pasar por cobarde ó pusilánime á los ojos de mi vecino; procuraba en los momentos en que la fiebre no me poseía penetrarme de serenidad. hacer acopio de ánimo para combatir las perturbaciones de mi imaginación, y abandonaba por risible mi primer impulso.

No me propongo ocultar los sentimientos que en mi interior fueron desarrollándose lentamente hasta dar al traste con mi relativa serenidad. Las medicinas llegaron á hacerse insoportables servidas por *el de la dentadura* y resolví no volver á tomarlas. Aprovechaba los descuidos de éste para verter debajo del lecho las cucharadas y las pociones; mezclaba con los cigarros y los borradores del profesor de álgebra los papeles y las píldoras, en el cajón de la mesa de noche, y mi irritación crecía al par que los desequilibrios de la naturaleza.

Mi carácter agrióse en alto grado, hasta hacer que disminuyesen las visitas de los condiscípulos interesados por mi salud; repetidas veces había dejado con la palabra en la boca al Director ó contestado á sus pre-



Srta. Leonor Torres Rivas.

cida entre otras por la colonia latina del Instituto, fué abolida aquel año por causas que se ignoraban.

Atribuí el origen de esta falta á Jorge Rodger, no sé por qué; pero mi convicción era íntima, inexpugnable, no existía duda de que el texano había procurado que la costumbre fuese condenada, y desgraciadamente había logrado sus propósitos.

Esto me hizo decidirme. Principié á madurar mis designios, procurando hallar la mejor manera de suprimir á Rodger; le hice suponer artificialmente mi mejoría y dejé transcurrir una semana, regocijándome íntimamente con los detalles más minuciosos de mi proyecto.

Probé á solas mi vigor que yo juzgaba amenguado por la enfermedad, y me embargó una enorme alegría cuando ví la facilidad de remover el guardarropa de mi habitación. (La ventana del cuarto—un segundo piso—asomaba sobre el extenso patio del Instituto, frecuentado solamente en las horas de recreo y pavimentado con pulidas baldosas de granito).

Llegada la noche elegida por mí para la realización de mis deseos, esperé tranquilamente y fingiendo dormir, la llegada del texano.

Este penetró por fin, andando de puntillas, echó cuidadosamente la llave á la puerta, encendió una bujía y se acercó en silencio hasta el catre en que yo, vuelto hácia la pared, presentaba las señales de un hombre que duerme en calma.

Sentí después, que se alejaba satisfecho quizá de su exámen; le oí desvestirse, deslizar su cuerpo bajo las ropas de la cama, y dar por último, un soplo á la luz.

Transcurrida una media hora á lo más, dejé salir de mi garganta un ronquido que minutos después me fué contestado; tosi, di una vuelta en mi lecho, mas el sueño de mi vecino no sufrió alteración alguna. Resbale entonces del colchón al suelo; con un tacto maravilloso apoyé mis dos manos en el pasador de la ventana y fui poco á poco levantando éste sin que produjera el menor chirrido.

Sin embargo, no abrí. ¿Habeis visto? Siempre olvida uno algún detalle! ¿Cómo fui en mi entusiasmo á dejar de pensar que las enmohecidas bisagras de la ventana podrían delatarme? . . . . . Está probado todo, aquel que carezca de una magnífica memoria, no podrá jamás preparar acertadamente sus redes.

No hay que confiar al acaso el más pequeño acontecimiento Conceptúo más racionales á los hombres que marchan por su pié, con toda lentitud, que aquellos que se confían á la peligrosísima velocidad de un caballo ó de un ferrocarril, ó cifran su salvación en la fragilidad de un barco á merced de las ondas.

Si yo hubiese aceitado previamente los goznes de las vidrieras, mi tropiezo no habría tenido causa. Esto es claro! No cabría duda así mismo, de que al apartar yo las hojas, Rodger, en su papel de cuidadoso enfermero, despertaría alarmado al instante, y entonces ¿cómo se explicarían mi actitud? Tal vez provocaría sus sospechas, y de ser así, todo estaba perdido.

Me quedé por un momento perplejo, pero al cabo, una idea iluminó mi cerebro. Abriendo lentamente las vidrieras, era lo más fácil que despertara el durmiente; pero apartándolas de improviso, el ruido que produjeran sería insignificante en razón de la rapidez, porque mi catre, nada menos, lanzaba al moverme, ruidos muy semejantes. . . . .

Quedé altamente complacido una vez que el procedimiento fué seguido por mí.

Poco faltaba, pues, para coronar mi obra: la luz de la luna creciente difundía una cómplice claridad en el interior del cuarto, y Jorge Rodger iba á morir en una hermosa noche.

. . . . . Creo tener ciertos puntos de contacto con el tigre: no de otro modo se explica la *limpieza* con que me aproximé á mi víctima. Hice más aún: procuré desviar el aliento, evité así mismo la sugestión, pensando en mil cosas extrañas al caso, me incliné, y rá-

pidá y vigorosamente envolvi en las sábanas á mi hombre, le oprimí con energía entre mis brazos y acerqueme en dos saltos á la ventana.

Oh, qué ventura! Un segundo, sólo un segundo más y todo había terminado.

Me anegó una voluptuosidad extrema en ese momento, trepé sobre el escalón de la ventana, icé el cuerpo envuelto y lo apoyé ¡oh, no fué más que un instante! sobre el alfeizar.

Por desgracia para mí, esto fué suficiente para que Rodger, en la suprema desesperación, aferrase los dientes en mi oreja izquierda. Había apretado la boca tenazmente, y yo procuraba desasirme golpeándole el rostro con la cabeza; sentía sus resoplidos de buey y el dolor del mordisco, pero nada me hizo cesar: abrí los brazos en el vacío, y Rodger, lanzando un ahullido desgarrador, fué á estrellarse en el pavimento. . . . .

Empero, yo sufro hoy casi lo mismo que antes: es verdad que murió Jorge Rodger, pero sus dientes no han dejado de sacudir mi oreja izquierda. Las gentes dicen que no, que la dentadura de aquel ha tiempo me fué desprendida, pero esto no es más que una mentira odiosa: los dientes están aquí, miradlos! aquí sacudiendo eternamente mi oreja izquierda. . . . .

AURELIO GONZÁLEZ CARRASCO.

### LA VELADA A VASCO DE GAMA

Siempre la sed insaciable de saber, la ansiedad de descubrir remotos países, el deseo de ver nuevos horizontes, han empujado á la humanidad. En un principio tribus numerosas, pueblos enteros, ejércitos temibles, eran los que trasponían las montañas, vadeaban los ríos y cruzaban los desiertos, ya llevando por mira la conquista de otras comarcas, ya pretendiendo propagar por todo el mundo su religión y su civilización.



ADORNOS FLORALES Y ORNAMENTACIÓN DE JARDINES.—PABLO JIMÉNEZ

guntas de manera inadecuada, y todo esto por mi odio á Rodger, mi odio que crecía por instantes sugiriéndome diabólicos proyectos.

Un detalle vino por fin á trazar el sendero á mis indecisiones: creo que fue en Septiembre, cuando la conmemoración de las gloriosas jornadas de 1847 estable-



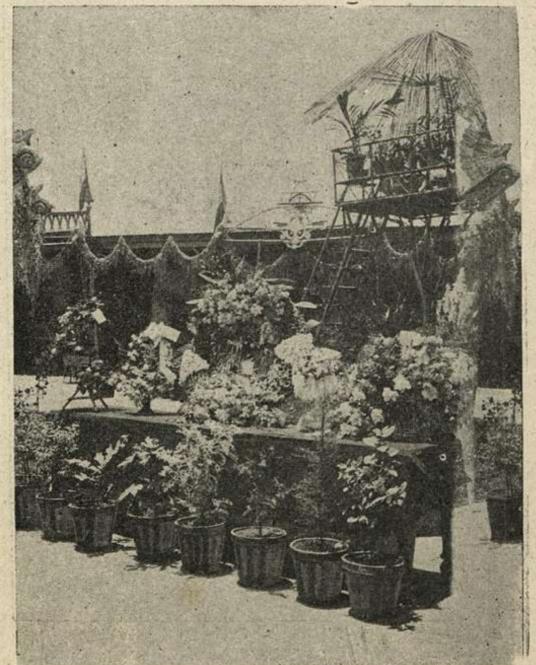
COLECCIÓN DE PLANTAS.—ZAMORA Y DUQUE



LA SRITA. CONCEPCIÓN RUIZ, LEYENDO SU DISERTACION.

Pero llegó el día en que la mar como barrera insuperable se atravesó entre el hombre y sus ambiciones y entonces se impuso como una necesidad imperiosa la navegación.

Desde el buque de Argos en que se navegó para la conquista del Velloccino de Oro hasta las carabelas de



ADORNOS FLORALES.—PEDRO LAMBERT

## Por la Patria.

Sobre la recién arada tierra, y tendido á través de los surcos, está el soldado Juan, vuelta la cara al cielo, abiertos en cruz los brazos y el pecho agujereado de un balazo. A su alrededor se extinguen lentamente los mil ruidos de la batalla. Sombras azuladas se extienden por la llanura, y á lo lejos, en la línea del horizonte que enrojece el sol poniente, asciende una columna de humo que dejan escapar los escombros de una granja incendiada.

Al medio día, Juan y sus compañeros del 12 Batallón de cazadores á pie, estaban detrás de la línea de árboles que bordea el pie de la colina, apoyados en el fusil y esperando órdenes. Allá arriba, en la cumbre del cerro, aparecían de vez en cuando algunas nubecillas blancas y se oía un silbido apenas perceptible. Eran las balas que pasaban por cima de sus cabezas; pero los cazadores no les hacían caso.

Cuando un oficial de Estado Mayor llegó al galope de un caballo cubierto de espuma y dijo algunas palabras al Comandante.

—¡Vamos hijos míos!—gritó éste señalando con el sable la altura que se veía en frente—¡Por la patria!

El batallón se puso en marcha. La compañía de Juan, desplegada en guerrillas, precedía al resto del batallón. Juan marchaba resueltamente, fija la vista en aquella cima codiciada, ahora envuelta en humo, y echando rápidamente una visual á derecha é izquierda cada seis pasos, para no perder la alineación con sus compañeros.

Tocaban á la carga los cornetas hasta echar el pulmón, y mezclado este ruido con el que producía la fusilería en lo alto del monte, ruido que aumentaba á medida que el batallón ganaba terreno, formaban una música de todos los diablos.

Juan seguía marchando. Vió caer uno tras otro á sus dos compañeros más próximos, pero no se detuvo.

—¡Por la patria! ha dicho el Comandante; y si la patria quiere que muera por ella, moriremos.

Y cuando decía esto, sintió en el pecho un dolor agudo. El fusil se le escapó de las manos y Juan cayó á tierra.

¿Cuánto tiempo estuvo sin sentido? Lo ignora. Muchas horas, sin duda; porque cuando recobró el conocimiento, el sol estaba ya muy bajo. Juan se encuentra sólo; sus camaradas están lejos. ¡Con tal que hayan tomado las posiciones enemigas! Eso honraría al batallón. Pero Juan no puede volverse para verlo con sus propios ojos; cada movimiento que intenta le causa horribles sufrimientos. Tampoco le es posible alcanzar la bota de vino, con el que mitigaría los tormentos de la sed. Siente en la garganta un fuego abrasador... y es que con la violencia de la caída rodó el kepís lejos de él, y los rayos del sol cayeron á plomo sobre su cabeza durante toda la tarde. Imposibilitado para moverse continúa tendido de espalda, mirando las nubes de color de rosa que vagan lentamente por el cielo azul.

Fuera de esto, comprende que se le acaba la vida. El balazo fué certero. Sin embargo, morir á los veintidós años, es algo duro... Pero ha cumplido con su deber. Muere por la patria, y éste es un consuelo.

Bajo la influencia de un delirio incipiente, le parece que la vida abandonó su cuerpo, y que el alma, desprovista de la envoltura mortal, se cierne en el espacio. Pero ha sobrevivido en él la facultad de pensar, y por un extraño fenómeno asiste como testigo invisible á las escenas siguientes á su muerte.

Primeramente se ve tendido entre cuatro tablas, al bordo de un hoyo abierto recientemente. Al rededor de él forma el cuadro su batallón, con los oficiales en el puesto de batalla. Se adelanta el comandante y en alta voz pronuncia el elogio fúnebre del cazador Juan Rabot, que murió por la patria como un valiente. Luego, desenvainando el sable, manda: ¡Tercien, armas!... Y mientras las cornetas emiten por su boca de cobre una tocata vibrante se inclina el Jefe y deposita la medalla militar sobre el ataúd del pobre soldado de cazadores.....

¡La medalla! ¡Ah! ¡Si los padres estuvieran allí! ¡Si al menos lo supieran!

Lo sabrán... Lo que ve ahora es la casita paterna, una pobre vivienda construida de tapiales revocados de blanco. Detrás se extiende un pequeño campo de alforfón, cercado por el seto de espino blanco, cubierto de pitirrojitos en esta época del año. Más allá está el huerto donde jugaba siendo niño, y en el que todos los árboles le son familiares. De pie sobre el umbral, abarcando con escrutadora mirada la carretera, tan lejos como la vista se lo permite, está su madre esperando al cartero, muerta de inquietud.

Hace ya muchos días que no recibe noticias del muchacho, que como buen hijo escribió siempre con regularidad á sus padres y está tan intranquila porque llegó á sus oídos que se han dado grandes batallas donde murió mucha gente... Dentro de la casa, el padre, tan preocupado como ella, pero procurando no aparentarlo, echa un mango nuevo al azadón, con retendida indiferencia.....

## VIRGINIA FABREGAS.



Papel de Doña Inés en «Don Juan Tenorio.»

Se oyen pasos á lo lejos, resonando en el camino polvoriento... Lánzase fuera el padre y alcanza á su mujer, que va ya al encuentro del que llega. Pero ambos se detienen vacilantes y turbados. El recién venido no es el cartero; es el cabo de gendarmes que lleva en la mano un gran pliego amarillo. Algunos pasos detrás le siguen cuatro ó cinco aldeanos, los vecinos con semblante de ansia y de curiosidad á la vez. —Tío Rabot—dijo el cabo—una carta del Ministro de la Guerra para usted. Seguramente contiene noticias de Juan, pero se me figura que no deben de ser muy buenas. Después de todo, puedo equivocarme... En fin, tenga usted ánimo, ¡qué diablo! También usted fué al servicio.....

El padre coge la carta, ábre-la con temblorosa mano, y luego que leyó los primeros renglones: —¡Pobre mujer!—dijo volviéndose hacia la madre, que se arrojó en sus brazos sollozando..... Los dos mezclaron sus lágrimas silenciosamente.....

Hizo sentar en el banco de piedra á su infeliz compañera que, que muerta de dolor, continuaba llorando con la cabeza entre las manos, y prosiguió la lectura. De pronto se iluminó su rostro... —Oid— exclama con poderosa voz—oid lo que me escribe el Ministro de la Guerra: "Su hijo de usted, el soldado de cazadores Juan Rabot, ha muerto por su patria de la muerte de los valientes, frente al enemigo. Sobre su tumba se ha depositado la medalla á que se hizo acreedor y que ostentaría sobre su pecho si hubiera sobrevivido á sus heridas." Y levantando con orgullo la cabeza: —¡Vamos, mujer, seca tus lágrimas! ¡Nuestro Juan era un valiente! ¡Bendigamos su memoria!...

El pobre Juan se vió después á la entrada de un palacio inmenso, resplandeciente de luz. A lo largo de los muros, que brillan como el oro, y se elevan tan alto, tan alto, que la vista no alcanza el fin, millares de ángeles suben y bajan desplegadas las aéreas alas y flotando al viento los largos pliegues de sus túnicas blancas. En la parte más elevada de una gran escalera, sobre una nube, está en su trono el Dios Padre, envuelto en un manto azul, blancos como la nieve la barba y los cabellos. A su derecha, y algo más abajo, se halla sentado Jesucristo, sangrando aún en su desnudo pecho, la herida que abrió la lanza del Gólgota; y cerca de Él su divina Madre la Virgen María, jun-

tas las manos en oración por los hombres. Sobre ellos se cierne el Espíritu Santo en forma de paloma, y detrás ve más ángeles en número infinito, escalonados unos sobre otros, con arpas, en las manos y formando algo así como la trompetería de un órgano gigantesco, cuyo remate se pierde en la bóveda del cielo.....

—Vamos, entra—le dice San Pedro empujándole suavemente.

Pero Juan está muy confuso, encontrándose tan pequeño, tan humilde con su modesto uniforme en presencia de tantos esplendores..... ¡Todavía si tuviese galones de plata en las bocamangas, para realzar más su traje! Pero no los tiene; es un pobre soldado raso... Jesucristo sale á su encuentro diciéndole: —¡Que venga á ocupar su puesto entre los elegidos aquel que ha muerto por la patria!... Que se acerque sin temor quien, como yo, fue herido en el pecho... Pero Juan no se atreve á moverse, y dice en voz muy baja: —¡Oh, no! ¡Es demasiado, es demasiado!... Entonces Jesús le coge de la mano, y con una divina sonrisa le lleva delante de Dios Padre; al mismo tiempo se oye una música admirable... Son los ángeles, que acompañándose con las arpas, cantan en coro:

«¡Gloria á Dios en las alturas y gloria en la tierra á los hombres de buena voluntad que mueren por su patria!»

—Otro cazador del 12º—dice una voz en la obscuridad de la noche.

Y un hombre que lleva un brazal blanco, donde campea la cruz roja, aproxima su linterna al cuerpo tendido en tierra.

—Ya está frío—añade otro, bajándose y levantando una de las manos del cadáver, que vuelve á caer inerte.—Un balazo en medio del pecho... No ha debido sufrir mucho.

—¿Sufrir?—repite el primero—Mire bien esa cara y observe qué aspecto de felicidad presenta... Parece que se sonríe.....

El sargento que manda el destacamento se impacienta.

—Oigan ustedes—dice con voz ruda—si vamos á charlar así delante de cada cuerpo que encontremos, nos estaremos aquí hasta mañana por la noche.

Arriba con ese hombre, y de prisa...

Los dos camilleros acercan la camilla cuya tela presenta ya grandes manchas de sangre; la levantan en peso después de haber cargado el cuerpo del pobre Juan, y el fúnebre cortejo se aleja entre las sombras á través de la llanura silenciosa.

CH. CORBÍN.



## UN ASTRO

(VICTOR HUGO)

Una tierra infeliz, áspera y dura  
Donde trabajan tristes los vivientes  
Empapadas las almas de amargura  
Y de sudor las abatidas frentes:  
Campos de sol y estériles arenas  
Que en cambio de trabajo y de quebranto  
A una raza maldita dan apenas  
Pan miserable que humedece el llanto:  
Los hijos del oprobio engrandeciendo;  
Orgullosas ciudades delincuentes  
De donde las virtudes van huyendo  
Y las manos torciéndose dolientes;  
El orgullo infenal hallando abrigo  
Lo mismo del magnate bajo el techo  
Que dentro de! tugurio del mendigo;  
El odio y el dolor en cada pecho:  
Sobre las cumbres las espesas nieblas;  
La inocencia y justicia prostituidas,  
La muerte, espectro ciego, en las tinieblas  
Riendo feróz y arrebatando vidas;  
Aquí las soledades abrazantes,  
Allá, del polo los eternos hielos,  
Océanos que rebraman espumantes  
Escupiendo su cólera á los cielos;  
Y todas las paiones engendrando  
Todos los males todos los dolores;  
Las grutas á las fieras abrigando,  
Ocultando á los áspides las flores;  
Continents cubiertos de humo y ruido  
Donde la guerra infame centellea;  
Luto crimen y llantos y rúgido  
Salvaje del furor de la pelea;  
Pueblos que se desgarran palpitantes  
Del odio de Satán, de rabia y celo,  
Sangrientos, rencorosos, blasfemantes...

¿Y todo esto es un astro allá en el cielo?

MANUEL M. FLORES



En "Huelga de hijos"



En "La loca de la casa"



En "Kean"

### Virginia Fabregas.

Que Dorotea López, Sofia Calderón, Chucha Servín, Concha Padilla y Mariana Rivero, han sido gala y prez de la escena en México, no está á discusión; pero todas tropezaron con iguales inconvenientes para el completo desarrollo de sus facultades: la falta de una Escuela técnica, la escasez de buenos modelos y la incipiente del público en materias artísticas.

Raros, rarísimos en el mundo son los genios extraordinarios que como nuestro inolvidable actor Merced Morales, deben á su propio genio, á su sola inspiración y á sus facultades naturales, el total de los elementos que los convierten en artistas; por lo común es á fuerza de estudios, de vigilias y de contemplación atenta y persistente de los grandes actores, como se obtiene el dominio de la escena.

Virginia Fábregas, embarcada en el esquife de su hermosura se lanzó al mundo del arte, y desde luego conquistó aplausos y simpatías; pero como sus antecesoras en la escena mexicana, tampoco ha tenido á la vista de un modo consistente y fijo modelos que imitar.

Como una exhalación han pasado por nuestro teatro en los últimos años. Virginia Reiter, Juana Hading y María Tubau, esas potencias de la gran escuela, hijas mimadas del genio, creadoras de tipos y dispensadoras de gloria. Virginia las vió y no tuvo tiempo más que para deslumbrarse.

Y sin embargo, Virginia no ha permanecido estacionaria, sino que adelanta cada día más, y hay obras en que se eleva á una altura verdaderamente notable, como en *La Dolores*, en *Demi-Monde* y *la Loca de la Casa*.

Una de las cosas que más la abonan es la propiedad con que pone las piezas, pues viste con positiva corrección sin adulterar los trajes, ni falsear los caracteres, ni calumniar la indumentaria con joyas ó adornos ó peinados exóticos, como les pasa por lo común á otras artistas. Tampoco suprime escenas, ni corta parlamentos, á pretexto de mejorar á los autores. Tiene pues una conciencia exacta de su deber de actriz.



EN "KEAN"

Por ese camino es por donde se avanza, y Virginia ha avanzado cuanto es posible para nuestro país, porque aquí la necesidad de poner tres obras distintas por semana, mata al actor y esteriliza sus estudios.

Eleonora Duse para estrenar en Milán una obra de d'Anunzio, se retiró cuatro meses á una casa de campo donde no se ocupaba más que de repasar su papel; Sahara Bernard, tuvo tiempo de hacer un viaje á Italia y domesticar una serpiente, antes de comenzar los sesenta y cuatro ensayos que precedieron á la representación de *Cleopatra*, y la célebre Rachel, que hasta ahora no ha sido superada por trágica alguna, estudió más de dos años el papel de *Roxana*.

Así se puede lucir, brillar, adquirir fama universal y firmar contratos por centenares de miles de francos. Pero hacer tres obras por semana, cada una con pocos días de estudio, es una cosa que supera á las fuerzas humanas y ese milagro lo lleva á cabo Virginia Fábregas haciéndose aplaudir.

No es pues un arrebatado del momento el que nos ha movido á escribir este pequeño artículo en elogio de la hermosa actriz, sino un sentimiento de justicia, por que tenemos conciencia exacta de las dificultades que ha vencido y sigue venciendo para llegar al puesto artístico que ocupa, y conservarse en él.

Canten á su talento y á su belleza los poetas y los inspirados, cubran de rosas y laureles sus admiradores la senda del triunfo: nosotros, cumplimos un deber al dejar aquí consignado que Virginia Fábregas merece los aplausos con que el público recompensa sus labores.

Por eso la actual temporada del Teatro Arben está recibiendo el favor de la buena sociedad mexicana. Cansado ya de la sal y pimienta de la tanda, el ánimo busca esparcimientos más dulces y emociones más sanas; y se prescinde sin pesar de Chueca y Valverde para ir á sentir con Sardou ó con Feu y Codina.

Virginia es el ímán del Teatro Arben. la Compañía Dramática, trabaja con empeñoso afán de complacer al público y la elección de obras es generalmente acertada.

ESCENA SEGUNDA.

LOS MISMOS, EL DOCTOR.

(Pasa el famoso doctor Yakanashi, metido en un macfarlane á cuadros y cubierta la cabeza con un estropeado sombrero de copa alta. Entra por la derecha leyendo un libro de ciencias, llega á la concha del apuntador, advierte que se ha apartado del camino, y al volver al fondo advierte á Saito que reza. Se burla de su devoción).

EL DOCTOR.—¿Habremos de tropezar siempre con la superstición y con el error? ¡Qué triste espectáculo este para un espíritu superior! Vamos, lo mejor es reirse. (A Saito) ¡Eh, buen hombre! ¿Qué haces ahí?

SAITO.—Ya lo veis, noble señor: rezo.

EL DOCTOR.—¡Infeliz! ¡Reza! (ríe estrepitosamente).

SAITO.—La diosa me ha hablado. Refusa concederme la gracia que le pido.

EL DOCTOR.—Cuánta estupidez.. Esos son ensueños



de otra época. Hoy la ciencia ha vencido á la superstición. Mira el casc que hago yo de tu Kuannon (con ademán brutal derriba á la diosa.)

SAITO.—¡Sacrilégio!

O'HANA.—¿Qué ruido tan horroroso es ese?

Saito ¿dónde estás?

SAITO.—Aquí. Nada temas. Es un transeunte que se divierte.

EL DOCTOR.—¡Uf!... ¿quién es esa muchacha tan hermosa?

SAITO.—Mi amada.

EL DOCTOR.—¿Y qué se les puede pedir á los dioses cuando se posee tesoro semejante?

O'HANA.—Saito, no me dejes... Esa voz me causa miedo.

SAITO.—No temas; aquí estoy (unidos uno y otro forman un hermoso grupo que el doctor examina con interés.)

EL DOCTOR.—Como lo dije: la muchacha es hermosa... ¿Por qué ese miedo?

SAITO.—Es ciega, noble señor. Por ella rezaba hace un momento.

EL DOCTOR.—¡Ciega!... y que no lo dijeras ántes en vez de perder el tiempo en suplicar á esa piedra mal tallada!... Yo soy el famoso doctor Yakanashi, hombre filantrópico y progresista... Tengo aquí justamente, lo que es indispensable para disipar tu pena, un precioso remedio de que soy inventor (saca un frasco de la bolsa.)

SAITO.—Con lo que hay dentro ese frasco ¿podreis devolverle la vista?

EL DOCTOR.—No lo dudes. La ciencia es omnipotente.

SAITO.—¿Haríais ese milagro?

O'HANA.—¿Qué dice! ¿Se abrirán mis ojos?

EL DOCTOR.—Inmediatamente.



SAITO.—¿Verá la hermosa niña el cielo y podrá leer en mi mirada el amor que por ella siento?... EL DOCTOR.—Tan pronto como quieras

O'HANA.—¿Y podré correr, podré bailar? (salta y pal-motea)

SAITO.—¿Y no me costará nada?

EL DOCTOR.—Nada.

SAITO.—¡Oh, ídolo mío! Deja que me arroje á los pies de este noble señor...

EL DOCTOR.—Levántate joven. Eso no se hace.

SAITO.—Besaré, entonces, las manos de mi bienhechor.

EL DOCTOR.—Tampoco. Estrechémonos las manos. Eso es más moderno... Además, nada debe creerse sin exámen y ya tendrás tiempo para darme las gracias y para regocijarte despues de que cure á tu amada.

lo retiro... doy tres pasos atrás... mando.

O'HANA.—Me siento penetrada de una emoción indecible y de una ansiedad angustiosa.

EL DOCTOR.—Levántate y mira!

O'HANA.—(Aparte) No se atreven mis manos á despegarse de mis ojos.

¡Oh desvanecedor prodigio! ¡Oh luz, me eres dada!..

SAITO.—¡Delirio inefable! ¡Poder incomparable! Ja-

más tú, Kuannon, habrías hecho otro tanto. ¡Viva el progreso! ¡Viva la ciencia! Hénos á vuestros pies, sabio maravilloso y desinteresado.

EL DOCTOR.—Tregua al agradecimiento. Los deajo porque aun tengo mucho que hacer, y el día ya concluye. Amense, si el corazón así lo exige; pero no olviden nunca que en este mundo todo es despreciable, menos la ciencia. (estornuda).

O'HANA.—Estoy extasiada.

SAITO.—Aquí está vuestro sombrero, vuestro paraguas.

EL DOCTOR.—Cubrámonos y volvamos á la ciudad. Adios (saluda gravemente y sale mostrando con gesto de triunfo las chimeneas que, simbólicamente, humean en el horizonte.)



ESCENA TERCERA.

O'HANA, SAITO.

O'HANA.—(Salida del éxtasis se asombra de todo lo que ve. Sigue con interés el gesto del doctor. Preguntando el porqué de ese feo humo negro y el porqué de esos edificios tan horrorosos. Designando al doctor que se aleja) ¡Saito! ¡Qué hombre tan feo! Y qué manera de vestir! Pero ¿dónde estoy ¡Oh felicidad! Saito ¿eres tú?... ¡Oh día tres veces feliz!.....

SAITO.—Ven á mis brazos... Aquí contra mi corazón... Tenemos ya el paraíso en la tierra.

O'HANA.—(Su frente se ha ensombrecido súbitamente. Se separa de Saito y lo observa con curiosidad). (Aparte). Lo creía más hermoso.

Saito me parece que tu mano es un poco tosca.

SAITO.—¡Hum!

O'HANA.—¿Qué! ¿Tus piés no son un poco grandes?

SAITO.—¡Hum, hum!

O'HANA.—Mira Saito... Camina... quiero verte...

SAITO.—(Caminando) ¿No me veo bien?

O'HANA.—Vaya un espinazo cómico... y vaya un modo raro de caminar.

SAITO.—(Aparte) ¿Qué dice? No bien se han abierto sus ojos, se apartan ya de mí...

O'HANA, amor mío! Pensémos sólo en amarnos. Toma estas flores que he cortado para ti.

O'HANA.—Quiero aspirar su perfume y se deshojan....

SAITO.—(Aparte) ¿Qué hacer? ¿Qué decir?

Escucha cantar los pájaros.....

O'HANA.—Los escucho! ¿Qué bien cantan! (detonación entre bastidores; un pájaro herido cae á los piés de O'Hana) Un pájaro... está herido (lo recoge). Cómo tiembla... va á morirse... Ya murió... Y qué ¿ahora seguirán matando pájaros? (el pájaro cae de sus manos, manchadas de sangre. Solloza)

SAITO.—Amor mío, olvida todo. No te entristezcas así... ¡Maidito cazador!

O'HANA.—El cielo se oscurece... Caen las sombras.

SAITO.—Es que el día va á concluir. Tranquilízate.

O'HANA.—¿Y esa cosa redonda, roja, sangrienta, que sube en el horizonte?... SAITO.—Es la Luna.

O'HANA.—¿Cómo! La Luna de que con tanto entusiasmo me hablabas ¿no es más que eso?

SAITO.—¡Ay!

O'HANA.—¿Qué negro se pone todo... ¿Me quedo ciega otra vez? Tengo miedo, mucho miedo... Todo esto es horroroso... Mi alma se llena de pavor...

SAITO.—Tranquilízate, tesoro mío. Es la noche, la hermosa noche que nos trae el sueño que consuela. Mañana reaparecerá la luz.

O'HANA.—Nada quiero ver. Ocúltame en tus brazos. Nada me digas. Mis ojos se cierran... quiero dormir (rechaza débilmente á Saito desolado; desfallecida se tiende en la tierra ocultando el rostro entre las manos, Saito la arrulla como si fuera un niño; se quita sus vestidos y la cubre para que no sienta el frío de la noche.)

SAITO.—Duerme. ¿Qué será de nosotros cuando vuelva el día? Hija del ideal, lo real la agobia. Gracias



# Los Ojos Cerrados

Pantomima Japonesa  
Félix Regamey

## PERSONAJES:

SAITO, poeta ambulante.  
O'HANA, cantadora.  
YAKAMASHI, doctor.

## ACTO UNICO.

La escena representa un sitio agreste á las puertas de Tokio.

La acción pasa en una hermosa tarde de Junio.

En el primer plano, pinos suntuosos, bambus flexibles. A la izquierda, al pié de una roca de donde mana fuente límpida, un talud cubierto de verdes yerbas. A la derecha, entre camelias, una estatua de la diosa Kuanon.

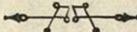
En el segundo plano: gasómetro e innumerables fabricas, cuyas altas chimeneas vomitan humo, y destacan sus caóticas siluetas sobre la colina, donde se amontonan los palacios y los templos de la capital del Japon, incendiada por los últimos rayos del sol poniente.

Saito y O'Hana entran por el fondo. Los dos son muy pobres, y se aman tiernamente, irradiando felicidad.

O'Hana es ciega.

Su alma ve por todas partes un ideal senrosado, comenzando por Saito á quien imagina dotado de todas las perfecciones. Conoce al mundo sólo por lo que Saito le ha dicho. Saito ha procurado siempre alejar de ella el mal cualquiera que sea la forma bajo que se presente.

O'Hana no conoce de las flores más que el perfume; y las rosas con que su amante la obsequia, no tienen espinas.



## ESCENA PRIMERA.

O'HANA, SAITO.

O'HANA.—¿Dónde estamos?

SAITO.—El sitio es encantador. Sentémonos á la sombra, junto á esta fuente. Estemos á gusto. Dejemos aquí nuestros equipajes, que pesan bien poco. Dame tu guitarra. Aquí la estera; mi bastón, mi sombrero, y después nuestras provisiones, que vamos á almorzar. No te impacientes, dentro de un momento todo estará listo.

O'HANA.—Cuando estoy contigo nada deseo.

SAITO.—Bien. . . . . No diga más.

O'HANA.—Llega á mí el perfume de las flores ¿No están aquí, de este lado? . . . . . Deben ser muy hermosas. . . . . quiero cortarlas.

SAITO.—(Aparte) ¿Pero qué va á hacer? Se lastimará. Cortemos esa rama á que su mano se dirige. Quitemos las espinas. Toma las rosas corazón mio.

O'HANA.—¡Qué perfume tan delicioso!

SAITO.—Ven; siéntate junto á mí ¡Qué hermosa eres!

O'HANA.—¡Qué bello eres! Me lo dicen mis manos cuando las paso por tu frente.

SAITO.—Y cómo te amo. . . . (Aparte) ¡Es ciega qué desgraciada!

O'HANA.—¿Por qué callas?

SAITO.—Te contemplo. . . Te adoro. Déjame besarte [la besa].

O'HANA.—Me besas mucho. Vas á

romper las flores. Mejor comamos, y sé menos exagerado.

SAITO.—Un beso más, y á la mesa.

O'HANA.—¡Qué

bien vamos á comer!

SAITO.—(Aparte) Apenas hay para alimentar á un pajarillo. Todo será para ella.

Toma esta fruta.

O'HANA.—Te daré la mitad.

SAITO.—(Aparte) ¡Oh buen corazóncito! No, no te privaré de ella.

O'HANA.—¿Verdad que está muy buena?

SAITO.—(Finge que está masticando) Sí; está muy buena. Pero, toma, aquí hay más (le devuelve la mitad que ella le dió.)

Tiende tu piquito: come este pedazo, este otro. este otro más. . . . . Ya se acabó.

O'HANA.—¡Qué bien he almorzado!

SAITO.—Recompénsame con un beso

O'HANA.—Glutón. Mejor harías en darme agua.

SAITO.—(aparte) Mi bota está vacía. ¿Qué hacer? . .

¡Ah! aquí hay una fuente. . .

O'HANA.—Sí; dame de esa agua que corre cerca, cantando cristalina canción.

SAITO.—Sí. Bebe en el hueco de mi mano.

O'HANA.—Abriste los dedos, y el agua ha escurrido por mi seno.

SAITO.—Perdóname, O'Hana (la besa).

O'HANA.—¿Quiere usted quietarse, señor?

SAITO.—Reparo mi torpeza. . . . . ¿Ya? . . . . . ¿Qué te falta? De la Naturaleza, todo te pertenece. Di, qué deseas?

O'HANA.—Quiero mi guitarra.

SAITO.—Aquí está. . . . .

O'HANA.—Quiero tocar esa música que tanto te agrada, y cantarte la canción de nuestros amores (toca).

SAITO.—¡Divina criatura! ¡Deliciosa artista! Ese preludio es encantador (mientras ella toca, descansa ligeramente su cabeza sobre las rodillas de su amada; luego, se separa no sin besar ántes la orla de su túnica).

(Aparte). Mis ojos derraman lágrimas al mirar que los suyos han muerto. . . . . Está ciega. Nadie vendrá á socorrernos. ¡Qué cruel es el cielo! Pero ¿la que se alza en aquel pedestal no es Kuannon, la excelsa diosa? . . . ¡Cuántas veces la he implorado! Lo intentaré una vez más.

O'HANA.—Basta de música. Hace calor. Me abanicaré. Estoy cansada. Saito ¿dónde estas? Déjeme que sueñe mientras yo reposo.

SAITO.—(Da tres palmadas, se arrodilla y reza. Levanta los ojos hacia Kuannon y retrocede horrorizado: la diosa levantó la cabeza y la movió en señal de denegación). No, siempre, no. . . . .

Gracia. . . . . gracia. . . . .! (se arrodilla nuevamente).

O'HANA.—Basta de música. Hace calor. Me abanicaré. Estoy cansada. Saito ¿dónde estas? Déjeme que sueñe mientras yo reposo.

SAITO.—(Da tres palmadas, se arrodilla y reza. Levanta los ojos hacia Kuannon y retrocede horrorizado: la diosa levantó la cabeza y la movió en señal de denegación). No, siempre, no. . . . .

Gracia. . . . . gracia. . . . .! (se arrodilla nuevamente).

O'HANA.—Basta de música. Hace calor. Me abanicaré. Estoy cansada. Saito ¿dónde estas? Déjeme que sueñe mientras yo reposo.

SAITO.—(Da tres palmadas, se arrodilla y reza. Levanta los ojos hacia Kuannon y retrocede horrorizado: la diosa levantó la cabeza y la movió en señal de denegación). No, siempre, no. . . . .

Gracia. . . . . gracia. . . . .! (se arrodilla nuevamente).



# LIRIO SILVESTRE

POR ANDRE THEURIET—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 4.

Tú no estas hecha para vivir en el mundo, agregó el Cura redoblando su energía; dentro de diez meses llegarás á la mayor edad y podrás disponer libremente de tu persona.

En espera de ese momento, si quieres creermé, conviene que te prepares para retirarte á la edificante condición de sierva del Señor. Si me autorizas, en mi próximo viaje á Langres hablaré de tí á la Madre Superiora del Convento de las Ursulinas, que estoy seguro de que no opondrá dificultad alguna para admitirte entre las ovejas de su rebaño. Comenzarás tu noviciado en esa piadosa Casa, y si Dios lo permite, pronunciarás más tarde los votos que te consagrarán para siempre Esposa del Esposo celeste. ¿Está convenido?

Mientras el sacerdote hablaba, Germana inquieta parecía luchar contra esta sugestión del claustro, como un pájaro que quisiera escapar á irresistible fascinación. Miraba maquinalmente más allá de los muros del jardín cural, las cimas de las montañas, y derrepente tuvo la visión de Marcial que volvía del servicio y buscaba en vano á su amiga en la casita del lindero del bosque, junto á la colmena, bajo el bosquecillo de avellanos.

La esperanza de reanudar aquella amistad de otros tiempos y encontrar luego, tal vez, en el amigo recobrado, el marido que soñaba, le dió fuerzas para resistir á la voluntad que casi la había subyugado. Se rehizo; y en un rápido examen de su corazón, reconoció que no tenía vocación para el convento.

—No, señor Cura, respondió bajando los ojos, mi idea no es hacerme religiosa. Yo creo que puede uno buscar su salvación en el mundo lo mismo que en el claustro. Perdóneme usted, pero prefiero seguir sirviendo á Dios como le sirvo ahora.

El Cura Pechenart se mordió los labios y sacudiendo la cabeza dijo:

—Vamos... eres presa aun del orgullo mundano... No quiero obligarte, pero un día volverás sobre tus pasos. Anda en paz, pobre hija mía y Dios te acompañe.

## II

Tres años habían corrido desde la mañana de otoño en que Germana se despidió de Marcial, cerca de la capilla de Santa Clara, y la joven esperaba ya de un momento á otro el regreso de su amigo; y como no recibía noticia alguna se llenaba de inquietud. Pasó todavía todo el invierno y el Chino no parecía, por lo cual Germana impaciente enviaba frecuentemente á la Buena para que recojiera noticias en casa de la madre Seurrot, pero esta no sabía sino que su hijo cambió de guarnición sin decirle adónde.

Una tarde de Mayo, la Buena entró alegre á la casa.

—Vengo de la fragua, dijo, y allí he sabido una cosa: ya regresó el Chino.

—Ya regresó exclamó Germana palideciendo.

—Sí, llegó anoche, tan fresco y gallardo como cuando se fué. Tempranito salió á ver á su antiguo patrón, el zapatero Raffaut. La madre está contentísima.

—Creo que nos vendrá á visitar... dijo Germana, y luego corrió al jardín á su lugar favorito, junto al colmenar.

La joven aguardó impaciente esa visita y la semana pasó sin que se presentara el Chino: pero el domingo, cuando ella se dirigía á misa, le vió de improviso en un grupo de aldeanos y el corazón le bailó en el pecho. Ya en la iglesia no pensó más que en Marcial, la misa le pareció muy larga, y al salir buscó con ojos ávidos á su amigo, al que vió al fin frente á la posada del *Caballo Blanco*, conversando animado y fumando un cigarrillo. Tenía mucho aplomo y cierto aspecto de conquistador; sus facciones se habían acentuado y reía á carcajadas, mostrando unos dientes muy blancos bajo sus bigotes oscuros.

Para volver á su casa, Germana tenía que pasar por *El Caballo Blanco*, y toda ruborosa y con

los ojos bajos, iba á atravesar la calle, cuando Marcial que la había reconocido, se desprendió del grupo y arrojó al suelo su cigarro.

Temblando y casi desfallecida Germana se detuvo en tanto que él le gritaba con tono familiar: —Buenos días, Germana. ¿Estás contenta y bien? ¿Cómo vá la Buena?

—Todo bien por casa; gracias Marcial. ¿Y vá usted á permanecer por algun tiempo en la aldea?

—Ah! Ahora resulta que ya no nos tuteamos. Como há pasado tanto tiempo. ¡Tres años!

—Tres años y medio, rectificó Germana.

—Cierto. Y luego añadió evasivamente: he estado por allá seis meses más de lo que pensaba.

Pero calló respecto de que esos seis meses los pasó en prisión por escándalo nocturno y golpes á un paisano.

—En fin dijo: ya estoy aquí, contento de haber finiquitado mis cuentas con el cuartel y contento de ver á todos mis amigos. Y á propósito de amistad Germana, le agradezco á usted mucho sus bondades para con mi madre y los chiquitines.

—No hay que agradecer, Marcial, al obrar así con ellos me acordaba de usted. Confío en que irá usted á casa.

—De seguro Adios Germana, hasta muy pronto.

Luego se separaron; y al llegar Germana al extremo de la calle, se volvió furtivamente y vió á Marcial que reunido otra vez con sus amigos encendía otro cigarro y entraba á la taberna.

Volvió la joven á su casa muy contenta por la visita que le habían prometido, pero el tiempo corrió y la promesa no se cumplía. En cambio, con frecuencia se hablaba de él, pues al volver la Buena de sus correrías traía el relato de las proezas del joven: andaba de fiesta en fiesta por las aldeas vecinas y parece que al venir del cuartel trajo refinada su predilección por las disipaciones y el placer. Aun se decía que otra vez estaba cazando en vedado, pero militaba en su favor el hecho de que el padre Raffaut le había contratado como operario y trabajaba en un taller en el bosque de Amorey.

Aqueilas historias inquietaban á Germana. Después de haber esperado con tanta confianza el regreso de Marcial, se le escapaba para recomenzar su

vida de vagabundo, y hasta lamentaba que hubiera pasado el tiempo en que estando Marcial en el cuartel, vivía ella siquiera con la esperanza.

Mientras más avanzaba el estío, más triste en su soledad lloraba el fracaso de sus ensueños y su piedad amenguaba al considerarse abandonada de Dios y de todos los Santos.

Por este tiempo, la Buena anunció que iba á pasar tres días con una sobrina suya que vivía en Lamargelle, aldehuela del otro lado del llano de Vivey.

—Por el momento, dijo á Germana, ningún chico me reclama para ayudarle á venir al mundo y puedo darme estas ligeras vacaciones. En caso urgente, me mandas llamar y pronto estaré aquí.

Esa misma tarde partió y contra sus previsiones, al día siguiente se la vino á buscar para una mujer que estaba con los primeros dolores en la posada del *Caballo Blanco*. El caso urgía y la mujer pedía á gritos que la trajeran á la comadrona. Desgraciadamente el correo había salido ya; y no habiendo quien quisiera ir, Germana compadecida emprendió el viaje.

Conocía el camino y pasada la Treue comenzó á subir por el sendero á través del bosque; al cabo de una media hora apercibió las primeras ondulaciones del llano, con una vaga inquietud, y se lanzó en el dédalo de veredas que lo cruzaban en todas direcciones.

Le sucedió al cabo de pocos minutos una cosa muy natural: se extravió, y al fin ahogada por el sol, muerta de sed, agotada más por la inquietud que por la fatiga, se dejó caer al pié de un árbol.

Dirigía desesperadas miradas en torno suyo, y la más grande angustia le oprimía el corazón. Y el tiempo corría y la caída de la tarde multiplicaba sus congojas aumentando las dificultades de la situación.

Se levantó, caminó penosamente durante un cuarto de hora y de pronto se detuvo toda medrosa y estremecida: un extraño canto de pájaro acababa de vibrar cerca entre los árboles. Era un canto claro, á veces agudo como el de la alondra y aterciopelado á veces como el del ruiseñor



Germana escuchaba asombrada esta cantinela que no podía atribuirse á ningún pájaro, porque en esa estación el ruiseñor no canta ni la alondra tampoco.

A medida que avanzaba la canción se hacía más sonora y alegre y de pronto cesó de un golpe como había empezado y en el mismo momento apareció en un claro del bosque la simpática figura de Marcial.

## III

Germana lanzó un débil grito de sorpresa; y su amigo reconociéndola le dijo:

—¿Usted aquí Germana? Oyendo á usted venir entre la ojarasca, me temí que fueran los guardabosques.

—¿Era usted pues quien silbaba?

—Sí, para atraer la caza. Pero que me ahorquen si esperaba este encuentro. ¡Qué hace usted por aquí!

Germana explicó todo lo que había pasado.

—Nada hay perdido, dijo él. Estaba usted muy en sentido contrario, pero voy á ponerla en buen camino



á mi, nunca sufrió. Ajena al mal, el mal se desborda y la rodea ahora que el velo se ha desgarrado. Duerme. ¿Con qué soñará?... ¿Con la felicidad que huye?... ¡Ah! Ahora comprendo por qué Kuannon no quería escucharme (*tiernamente y con mil precauciones se aparta de su amada; y triste, suplicante, va á prosternarse ante la estatua derribada*) Perdóname Kuannon, he blasfemado... Soy un pecador arrepentido... Haz que cuando O'Hana despierte, sus ojos queden cerrados... Aun podemos ser felices. Creerá que fué sueño esta visión de un mundo odioso, volverá á la tranquilidad y la dicha de su ignorancia, y mi amor hará lo demás (*en ese momento, á la luz de un rayo de Luna, aparece la diosa de pie en su pedestal*). ¡Oh Kuannon! ¿vuelves para perdonarme? (*la frente de la diosa se abate tres veces. Saito ha sido escuchado*). Gracias te sean dadas, diosa amiga, indulgente y serena. Que tu nombre sea bendito para siempre (*la noche concluye. Vuelve el día*). Mi amada despierta....

O'HANA.—Saito ¿dónde estás?

SAITO.—Junto á ti.

O'HANA.—Me estremezco.... Ha mucho tiempo que estamos aquí....? ¿Cuanto he soñado!

SAITO.—Amor mío ¿qué dices?

O'HANA.—No, Saito ¿verdad que no he soñado...? Aquel doctor tan feo, aquellas flores que se deshojaron, aquel trueno, aquel pájaro herido ¿fué todo sueño? A tí, Saito; á tí mismo, te ví con mis ojos.... y no eras hermoso.....

SAITO.—¡Ay!

O'HANA.—Estoy cerca de tí y no te veo..... Y tu mano cuya caricia es para mí tan deliciosa, y tu rostro tan bello... no eran así en mi sueño.....

SAITO.—¿Qué locura! ¿Qué sueño tan raro!....

O'HANA.—Raro, sí..... Y muy triste.... Si la vida fuera tal como la ví en mis sueños....

Ay! Cuanto tendria yo que sufrir....! Figúrate: murió en mis manos un pajarillo.

SAITO.—No pienses en eso.....

O'HANA.—De la herida que le hizo un cazador, le

salía sangre á borbotones y chorreaba caliente por mis manos.....

SAITO.—Horrible sueño!

O'HANA.—Luego abrió su piquito como para beberse de una vez todo el aire del campo, me vió con ojos muy tristes ¡nunca olvidaré esa mirada! y murió.

SAITO.—¿Para qué sigues haciendo recuerdos tan tristes?

O'HANA.—¿Qué frío tan extraño es el frío de la muerte.....!

O'Hana se cubre la cara con las manos y se pone á llorar. Saito la contempla profundamente conmovido.

SAITO.—¡Pobre niña!

O'HANA.—¡Qué horrorosa pesadilla! Jamás la olvidaré.

De pronto, O'Hana que seguía cubriéndose la cara con las manos, empieza á reír á carcajadas.

SAITO.—(*Aparte.*) Maldición! se habrá vuelto loca?

O'HANA.—¡Muy chusco, de veras, muy chusco!

SAITO.—¿De qué te ries?

O'HANA.—De la extraña figura que te ví en mi sueño.....

SAITO.—(*Aparte.*) ¿Cómo se imaginará que soy!

O'HANA.—Pero todo el resto de mi sueño fué triste, muy triste.

SAITO.—Que desaparezca tu tristeza.... Yo te amo; sábelo, yo te amo.....

O'HANA.—Tú eres bello..... tú eres bueno. Serás siempre mío y yo seré siempre feliz.

SAITO.—Prosigamos nuestra marcha.... Cantemos nuestras canciones y démosle gracias á Kuannon, que mientras dormíamos, velaba por nosotros.

O'Hana envía besos á la estatua que le señala Saito. Los árboles y las flores del primer plano recobran su lozanía perdida en la noche. Sobre las fábricas se tienden nubes de bruma sonrosada como solamente se ven en el Japón, y de entre ellas surge la ciudad envuelta en vapores gris de perla.

El rostro de la joven recobra la calma; y sonrientes, en la misma actitud con que entraron, Saito y O'Hana prosiguen su camino



TELON



aquí una conquista que no me esperaba y que no da mucho de que vangloriarse. Tener por novia una jorobada no es muy lucido, pero la cosa vale la pena de pensarse.

Y en efecto, mientras más se fijaba en la perspectiva que tan inopinadamente se le presentaba, más se inclinaba á aprovechar esta oportunidad flovida del cielo. Después de todo, Germana era huérfana, tenía buenas propiedades, y el que se casara con ella se daría la gran vida. Marcial no la daba ni por las delicadezas ni por las grandezas de alma, y no veía en todo esto más que una mina buena para su explotación. Acaso las gentes se reirían de él, pero en el fondo le tendrían envidia. Y como la chica no había sido nunca agasajada, con unas cuantas caricias la haría feliz como una reina; y una vez casado, nada le impediría seguir gozando á su satisfacción, y buscando compensaciones fuera del hogar.

—Germana, dijo: ¿la joven de quien me acaba usted de hablar, sería usted misma?

Sin responder, la jorobada confusa, ocultó el rostro entre las manos; y Marcial audazmente y viéndola con adoración agregó:

—¿Para que se calla usted Germana? ¿Su corazón ha guardado algo de afecto para este antiguo amigo?

—Oh! Marcial ¿y ha podido usted dudarlo?

Y al mismo tiempo se atrevía á levantar sus ojos enternecidos; luego, avergonzada ocultó de nuevo la frente entre sus manos.

—Y bien, amiga mía, exclamó Marcial con aire de vencedor: su afecto de usted está correspondido, pues Marcial Seurrot tiene para usted el mejor lugar en el fondo de su corazón.

Al hablar y siguiendo su costumbre militar de comprender el amor, le pasó el brazo en torno del cuello y apretó.

—Marcial, dijo ella ofendida y ercantada á la vez, déjeme usted. Es tarde y quiero llegar á Larmargelle antes de que anochezca. No le parece amigo mío, que debemos emprender el camino?

—En efecto, contestó él, el sol descende ya y conviene partir desde luego.

En un abrir y cerrar de ojos guardó en el morral los utensilios de la comida, y ayudando á Germana á ponerse de pié emprendió con ella la marcha.

Mano entre mano, caminaron en la dirección de Champ Carré sin decirse nada. Germana era demasiado feliz para hablar, y Marcial atontado todavía por la aventura, no sabía que lenguaje emplear con esta novia caída de las nubes. Muy bien comprendía que no debía tratarla con el desenfado que usaba en sus habituales conquistas, y no le venía á los labios ninguna de esas palabras tiernas que brotan de un corazón en realidad cautivado. Sin embargo, cuando transpuestos los límites de Champ Carré descendían los primeros declives de la vertiente, Marcial distinguiendo los techos humeantes de las chozas de una aldea, y un campanario puntiagudo tras del cual se levantaba la luna en creciente, creyó que había llegado el instante de romper el silencio.

—He aquí la Morgelle, amiga mía. No tiene usted más que descender. Aunque me cause pena, tengo precisión de regresarme; pero nos veremos pronto, ¿no es verdad?

—Sí Marcial. El domingo vaya usted á visitarme despues de la misa, y de aquí á entonces no deje de pensar en que su amistad me hace feliz.

—No tanto como á mí, contestó él, y á guisa de juramento, permítame usted abrazarla.

Paso entonces sus brazos al rededor del talle fragil de la jorobada, le dió dos besos en las mejillas y partió deteniéndose luego para gritar desde lejos:

—Hasta el domingo!

Cómo llegó Germana á la Margelle, cómo encontró á la Buena y qué le dijo mientras la carriola corría camino de Auberive no habría la joven podido referirlo. Era demasiado feliz para pensar en otra cosa que en su ventura y se acordaba con delicia hasta de los menores incidentes del día. Le ardía aún en la cara el sitio que tocaron los labios de Marcial y esta caricia tan dulce, tan nueva para ella, le hacía circular una encendida languidez por las venas.

Cuando la carriola la dejó en la puerta de su casa en compañía de la Buena, le pareció que despertaba de un sueño voluptuoso; y una vez allí no quiso comer á pesar de las exhortaciones de la Buena y se encerró en su cuarto para que no sela interrumpiera el encanto de sus recuerdos.



## IV

Para un corazón de veinte años no hay regocijo comparable al de despertar con la certidumbre de que se tiene un amor correspondido. El suave frescor de las auroras de estío no es nada comparado con la aurora de este amor. Desde la tarde de su encuentro con Marcial, la joven gozaba de inexplicable alegría y desde que se levantaba en su alcoba modesta, toda adornada con imágenes de santos, la dicha cantaba en ella como una música de pajarillos matinales.

Marcial me ama, pensaba, y esta convicción iluminándola, la metamorfoseaba. Los rasgos de su fisonomía se impregnaban de ternura y llamadas de alegría relampagueaban en sus ojos negros. Parecía como más alta y más ligera; tenía expansiones súbitas, accesos de alegría, preocupaciones de coqueterías que maravillaban á la Buena: «¿Qué yerba has pisado tú, hija mía?» le decía ésta. Mírate traviesa y feliz como una golondrina!

Germana se ruborizaba por toda respuesta, saltando al cuello de la madre Aubriot y besándole las mejillas, y estaba la pobre joven hasta bonita.

Como lo tenía prometido, el Chino vino el domingo después de la misa con su blusa nueva de cintas flotantes. El bigote retorcido daba á su fisonomía un aspecto militar.

Al llegar á la casa sacó de bajo de su blusa un lebratillo y lo entregó á la Buena.

—Diablo, dijo ésta. Has regresado del servicio más montaraz que antes de irte, segun que no te habías presentado por aquí: pero más vale tarde que nunca. ¿Vienes á ver á la chica? Acaba de regresar y la encontrarás en el jardín. Entra.

La joven estaba en efecto al extremo de la avenida en donde las plantas esparcían un suave aroma otoñal. Al ver á Marcial, Germana se llenó de visible contento y lo llevó al mismo bosquecillo de tilos bajo el cual tuvieron su entrevista el domingo de Cuasimodo.

Germana, feliz, en esta soledad sombría en que tantas veces había estado suspirando por Marcial ausente, abría con ingenuidad su alma pura, y ponía á Marcial al corriente de lo que le pasó con los Boucheseiche mientras el Chino estaba en servicio. Este la escuchaba sonriendo y de tiempo en tiempo, sin dejar de prestar atención á su novia, tomaba de las ramas cercanas alguna ave llana, la partía y se la comía sin ceremonia.

—Ya comprenderá usted, Marcial, que debemos desconfiar de esos malignos Boucheseiche y no exponernos dando qué decir á su mala lengua. Será pues necesario que guardemos en reserva nuestras relaciones hasta que cumplidos mis 21 años, quede yo enteramente dueña de mis acciones. No tendremos mucho que esperar porque en el mes de Noviembre próximo los cumpliré.

Quedó pues convenido que hasta entónces no dirían una palabra de sus proyectos y que el Chino escasearía sus visitas para no dar pasto á la murmuración. Esto salió muy á gusto de Marcial que conservaba así más libertad de acción y resultaba dispensado de hacer la corte en regla á su novia.

—Pero, añadió gallardamente ésta; si quedamos privados de vernos aquí, eso no evita que podamos encontrarnos algunas veces en el bosque. ¿No me ha dicho usted que el taller nuevo del padre Raffaut está instalado en las cercanías de la granja de Amorey? De vez en cuando daré



—Sí Marcial, acompáñeme un rato. Es una fortuna el haber encontrado á usted. Vamos.

Dió algunos pasos al lado de Marcial y derrepente palideció y se reclinó junto á un árbol.

—¿Qué le pasa? preguntó Marcial alarmado.

—Estoy como desvanecida y tengo mucha sed.

—El arroyuelo no está lejos. Voy á traer agua.

Cuando volvió con la vasija llena, encontró á la joven sentada al pié de un árbol y se espantó viendo la alteración de su rostro y la manera con que le tendía la mano para tomar el agua.

—Un minuto, le dijo Marcial, el agua sola le haría mal. Déjeme usted componérsela.

Y tomando su botella, mezcló al agua un poco de aguardiente, se arrodilló y dió de beber poco á poco á Germana. Ella abrió los ojos, pero sintiéndose sin fuerzas todavía, recargó de nuevo la cabeza contra el árbol.

—Siento la cabeza como vacía, murmuró.

El Chino la contempló unos momentos preocupado, y luego dándose un golpe en la frente exclamó:

—No es la cabeza. Es la plaza de armas la que está vacía. Apostemos á que no ha almorzado usted. . . .

—Una taza de café y un pedazo de pan, antes de partir.

—¿A qué hora salió usted de Auberive?

—A las diez.

—Ahora ya son más de las tres y el café debe estar ya bien lejos. Lo que tiene usted es hambre. Felizmente aquí tengo algo para comer. Enciendo una fogata y en dos por tres. . . .

—¿Pero y la Buena? ¿y mi comisión? ¿A qué hora llegaré á la Margelle?

Antes de anoecer y allí puede usted tomar una carriola que la lleve á Auberive por el camino de Vivey. Tenga usted paciencia mientras preparo el banquete.

Se internó por el bosque y minutos después volvió trayendo una provisión de moras y de frambuesas silvestres que esparcían un exquisito perfume.

—Tenga usted, le dijo, dándole además una rebanada de pan; con esto se puede esperar la comida.

—Gracias, Marcial. Tiene usted un hermoso corazón. ¿Qué hubiera sido de mi si no encuentro á usted aquí?

En tanto que ella con buen apetito mordía el pan y picoteaba las moras, Marcial riendo sacó un par de perdices.

—Vea usted, dijo, dos pájaros que se recomiendan solos. Mientras enciendo el fuego ¿los quiere usted desplumar?

—Lo procuraré, contestó la joven. ¡Pobres animales! Usted las mató, Marcial?

—Esta mañana las cacé y estoy encantado de poder compartirlas con usted.

Amontonó en seguida algunas ramas secas, hizo hábilmente una fogata y empezó desde luego á asar las perdices.

—Usted sería un excelente cocinero.

—Ya lo creo. Cuando se ha hecho el servicio tres años y es uno además cazador entusiasta, se sabe un poco de todos los oficios.

Registró su morral y sacó hasta diez papas que sepultó entre las cenizas calientes.

—No contamos con mucho pan, dijo, y las papas no vendrán mal.

Bajo la acción de las llamas las perdices se doraban exhalando un olor que despertaba el apetito. El morral del joven parecía un saco de encantador: cada vez sacaba nuevos ingredientes. Un paquete de sal, un tenedor, un cuchillo, una botella vacía y un plato de estaño.

Tendió algunas hojas á guisa de mantel y corrió á traer agua en la botella. Cuando todos los preparativos estuvieron terminados, puso las perdices en el plato, desenterró las papas y dijo con alegría.

—Está usted servida, Germana.

—¿Y me quiere usted hacer comer sola?

—No. Haré á usted compañía. Solamente que como no tenemos más que un tenedor y un vaso. En fin, si usted quiere. . . .

—Ya lo creo! contestó la joven con efusión. Y luego se ruborizó temiendo haber, con esta respuesta irreflexiva, traicionado sus sentimientos íntimos.

Alegremente comieron los dos bajo la fresca sombra de los fresnos, y Germana recobraba las fuerzas con rapidéz, pues el bienestar á la vez que los alimentos, la entonaban. Jamás, ni aún entre sueños, había vislumbrado una felicidad más completa que la que experimentaba en ese momento.

—Y bien, dijo Marcial, tomando un vaso de aguardiente. ¿Está usted contenta, Germana?

—¡Muchísimo!

—¿De las perdices?

—¡Oh! no es sólo eso. Estoy contenta de haber hallado oportunidad de conversar tranquilamente con usted después de tanto tiempo sin vernos. Y me había usted prometido una visita!

—Es cierto, pero no siempre es uno dueño de sus días. Tengo tantas ocupaciones ahora!

—¿Volvió usted á su oficio de zapatero?

—Sí. Trabajo con el padre Raffaut, cerca de la granja de Amorey. . . . Y luego, como he encontrado en la selva buenos amigos para emprender partidas de caza á la luz de la luna. . . .

—Oh! Otra vez lo vedado! Eso está mal!

—Mal. . . Sin embargo, acabamos de ver que proporciona muy buenas comidas.

—Lo cual no impide que sea un oficio feo. Yo pensé que al volver del Batallón cambiaría usted de vida.

—Cambiar, no es fácil, cuando está uno hecho como yo. Ese oficio está en mi sangre, es fuerza que yo cace y como soy pobre, no tengo con que comprar un permiso como los burgueses de Auberive.

—Podría usted, insinuó ella después de un momento de silencio, establecerse en la aldea y hacerse burgués.

—Ah! dijo él irónicamente; si conoce usted la receta para eso, no me la tenga guardada.

La joven se había quedado callada y bajando los ojos arrancaba maquinalmente briznas de yerba. De pronto levantó la cabeza y dijo poniéndose muy colorada:

—Cátese usted!

—Casarme! bah! bah! Suponiendo que me entrara el capricho de hacer semejante barbaridad, ¿quién es lá desgraciada que cargaría con un arrancado como yo?

La ligereza con que el Chino abordó esta cuestión y el hecho de llamarle barbaridad, decepcionaron hondamente á la pobre jorobada y consideró que si Marcial tuviera por ella la más leve afición, no se hubiera mostrado tan rebelde á tomar mujer. Sin embargo; al través de su desencanto reflexionó que orgulloso en su pobreza no quería acaso aparecer cortejando á una joven de su posición, y consideró cándidamente que sería oportuno ayudarlo en el primer paso.

—Hay mujeres, dijo, que no se preocupan de si su futuro tendrá dinero.

—¿Sabe usted de alguna?

—Sí; contesto ella con voz débil y bajando los ojos, yo conozco á lo menos una, que en un negocio semejante no consultaría sino su corazón, y se casaría con el que le gustara, así fuese zapatero ó cazador de vedado.

Marcial la contemplaba con asombro, y de súbito la emoción y el embarazo de la joven le revelaron el secreto que estaba á cien leguas de sospechar.

Diablo, dijo para sí. La chica me amará? he

# PAGINAS DE LA MODA.



BLUSA PARA LUTO.

## LA MUJER.

(Continúa.)

"Los celos transforman á la Mujer en una furia. Las conmociones populares, los terrores supersticiosos, la embriaguez de la política, se propagan entre las Mujeres como un incendio. En la Mujer dominan el sentimiento, el instinto y la maternidad. El mundanismo subyuga á la mujer. Ella es mas piadosa que el hombre, su corazón es un santuario que el hombre de bien respeta siempre. La dulzura de carácter propia de la Mujer, corrige la rudeza de nuestras costumbres."

Todos estos pensamientos de Mayer son hijos de la



PALETOT PARA SEÑORITA.

observación, y creemos que nadie habrá que los desmentida.

La Mujer es el más hermoso de los seres de la creación.

El más bello.

El más puro.

La Mujer es la verdadera inspiración de Dios.

Y Dios puso en ella todas sus complacencias.

Sin la Mujer, el hombre nada sería en la tierra.

Así lo comprendió el Creador cuando dijo para *inter se*, que no era bueno que el hombre estuviese solo.

Adán sin Eva parecía á Dios una obra trunca. Y para llenar esta necesidad que al mismo Dios pareció tan indispensable, formó á la Mujer.

No para regalo del hombre, sino para que fuese su compañera en el amargo tránsito de esta vida.

Por esto le dió todos los encantos, toda la belleza, todas las gracias que en ella vemos.

La Mujer es el faro, es la luz que guía al hombre en todas y cada una de sus acciones.

lar que ella siente el amor con toda su fuerza, con toda su grandeza, con toda su abnegación.

La Mujer nació para el Amor.

El Amor existe para la mujer.

Son dos principios incontrastables que nadie pondrá en duda.

Eloisa Amado á Abelardo; es una prueba de lo que acabamos de decir.

¿Quién no recuerda aquellas sublimes expresiones aquellas sentidas palabras que dirigía á Abelardo cuando por sus votos de religión les era imposible unirse?

"¿Qué es el cielo viviendo tú en la tierra?"

.....

¿Qué vale que mi voz ciertos momentos

El olvido pronuncie en apariencia,

Si amor, y nada más constantemente

Profiriendo está el alma con firmeza?"

¡Cuánta, cuánta abnegación dejan ver estas exclamaciones arrancadas por el dolor de esa pasión!

La mujer que ama, todo lo sacrifica á su amor.



TRAJE DE BODA Y TOILETTE DE CORTEJO.

En la mujer está ese noble sentimiento y tierno á la vez, que llamamos AMOR.

El hombre también ha comprendido todo lo que ella vale.

Desde los tiempos más remotos, se ha levantado á la Mujer un altar en donde la humanidad ha tenido que adorarla; si no por deber sí por deferencia.

Adoración que bien merece, porque es la mejor y más perfecta de las obras del Omnipotente.

La más grande, si se nos permite decirlo así, porque ella fué el complemento de la creación.

Ella es la sultana del Universo.

En donde quiera que se encuentre una Mujer, allí estan la vida y la felicidad.

La dicha suprema, el ensueño más puro de la vida.

Sin la Mujer, volvemos á repetir, el hombre nada sería en la tierra.

Por ella se emprenden los más rudos trabajos.

Por ella las acciones más sublimes se llevan á cabo.

En ella también están depositadas las más tiernas afecciones del corazón.

Cuando una Mujer ama, puede asegurarse sin vaci-

Este sacrificio es sin duda el más acepto á Dios. Porque es hecho por el amor, y el amor es la emanación de Dios.

La Mujer jamás dejará de ser la fuente de la más dulce inspiración.

De la más tierna, de la más ardiente.

Todos los poetas la han cantado.

Y en todas partes se la ve brillar como la luz del sol

La Mujer es el centro común de todas las afecciones. de la humanidad.

Nada hay que no sea hecho por la Mujer.

Testigo de ello es esa misma humanidad que á cada momento invocamos.

¿Por quién existe este, sino por la Mujer?

¿Quién es aquél que no haya sentido en su pecho una dulce emoción, una vaga inquietud que lo aduerne en ilusiones, en placeres y en venturas, al ver la faz angelical de una mujer?

¿Quién es aquél que en los ensueños de su infancia, en sus horas de inocencia y en sus tiernos y puros pen-

.....

.....

.....

.....

.....

.....

mis paseos por allí con la Buena y le iré á sorprender.

Una ligera nube pasó por la frente de Marcial.

—Cuidado! dijo. Eso sería peor y las gentes lo sensurarían más y no sin motivo. Es preferible que seamos prudentes y tengamos paciencia mientras llega el día de nuestra unión.

—Amigo mío, haremos lo que usted con su buen juicio considere más razonable y quedaré contenta de obedecer á usted en todo. Pero no deje usted de asistir los domingos á la misa mayor.

Si no puedo verle en mi casa ó en el taller, me conformaré con encontrarle á lo menos en la iglesia, ó en la plaza.

La hora de la siesta corrió rápidamente para Germana; y al obscurecer, Marcial tomó el camino de la selva después de haber comido alegremente con su novia y con la Buena.

No volvieron á verse sino los domingos en la iglesia, y durante la semana entera, Germana no vivía más que de la esperanza de este breve encuentro dominical. Desde que entraba á la iglesia, su corazón palpitaba ansioso; y si Marcial tardaba en presentarse, sentía desgarradoras angustias pensando en que acaso lo había retenido algún accidente y esto la hacía padecer notables distracciones.

Más de una vez durante la *Gloria* ó el *Credo* sus ojos se apartaban del altar y trataba de descubrir por encima de las cabezas de los devotos, la cabeza gallarda y el bello perfil de su amigo. Lo distinguía al fin, se ruborizaba y volvía con afán á su devocionario en tanto que una embriaguez deliciosa la invadía. Al salir lo veía otra vez paseando por la plaza entre sus amigos y llevaba con esto, la pobre jorobadita, una gran provisión de dicha para toda la semana.

A veces engañaba su impaciencia con ayuda de largas correrías por la selva; pero obedeciendo las recomendaciones del Chino, no se atrevía á llegar á las inmediaciones de la fábrica de zuecos, pero había descubierto un sitio elevado en lo más espeso del bosque desde donde se dominaba el valle de Amorey y se veía entre los árboles humear la choza del padre Raffaut. Este hilo azulado de humo subiendo por encima de la enramada, amarillenta ya por el otoño, le parecía como un testimonio de la presencia de Marcial en el taller y le saludaba con ojos enternecidos y permanecía horas enteras siguiendo los caprichos espirales que se disolvían poco á poco en el aire.

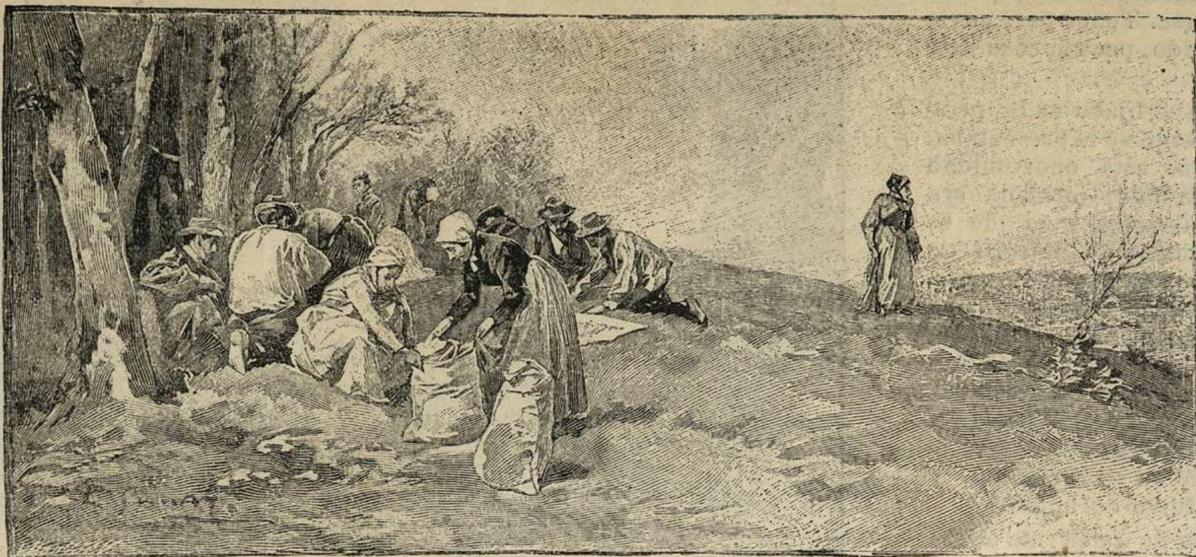
El día iba cayendo insensiblemente; la pradera sembrada entonces de colchicos se teñía de un verde más intenso, las vacadas buscaban mugiendo la senda del establo, y con el crepúsculo descendía el silencio por las vertientes de la montaña. Entonces dejaba Germana el observatorio y por senderos sombríos volvía á su casa, viendo al través de las arboledas de Montgeránd, iluminarse las ventanas.

Luego, terminada la comida, se reclinaba melancólicamente junto á la ventana abierta y contemplaba las estrellas que cintilaban aquí y allá entre la gasa de nubes fugitivas y luego suspiraba pensando en esos espacios tan grandes de selva y de cielo que la separaban de Marcial.

La Buena, que sentada junto á la lámpara tejía calceta ó repasaba ropa blanca, oía este suspiro é interrumpía sus tareas preocupándose de las melancolías de la joven.

La Buena, muy fina y perspicaz, había ya adivinado lo que había entre Germana y el Chino y traspassando los anteojos con la mirada penetrante de sus ojos grises, se fijaba en el deformado cuerpo de la jorobada, y en su cabecita apoyada contra los hierros de la ventana. Comparaba entonces imaginariamente la varonil apostura de Marcial y la figurilla desviada de Germana y un sentimiento de piedad y de desconfianza en el porvenir le oprimía el corazón.

Transcurrieron así Septiembre y Octubre y se llegó al invierno rápidamente como sucede en esas comarcas boscosas.



En los años fecundos esta es la época en que se recojen los frutos de las hayas que desprendidas de sus cápsulas rugosas caen á millares en el suelo. Estos ayucos tienen mucha demanda por ser oleaginosos y su cosecha es una de las principales ganancias de las aldeas de la selva.

Los Boucheseiche que no dejaban pasar provecho alguno grande ni pequeño, partieron á la selva; y aunque sus relaciones con Germana estuvieran un tanto resfriadas, consistieron ésta y la Buena en acompañarlos como todos los años.

Cada uno daba su escote para hacer en común los gastos de la comida y se señaló para lugar de cosecha el cantón de Amorey donde abundaban las mejores hayas. De mañana se trabajaba firme y los sacos se llenaban pronto, pero después de comer disminuía el celo de todos. Cadet y sus hijos se acostaban á dormir; la Buena y la señora de Boucheseiche cerraban y cosían los sacos llenos y Germana bajo el pretexto de buscar setas se internaba en la selva que descendía hacia la granja de Amorey.

Una tarde tibia, bajo los rayos del sol claro; Germana separada de los demás erraba por el bosque con el alma llena de todos las grandezas solemnes de la naturaleza y se había despertado en ella una sorda eclosión de sentimentalismo. Un deseo confuso la atormentaba con la tentación de derramar en algún corazón amigo algo de las ternuras que rebosaban de su corazón.

En estos momentos, embriagada por las caricias de ese sol tibio que como una corriente de oro fluído pasaba entre las ramas, habría querido sentir su mano estrechada por otra mano, su rostro halagado por caricias delicadas y se ruborizaba con estos pensamientos que quería rechazar como pecaminosos, pero la imagen de Marcial, persistía imperiosa en su cerebro. Recordaba que el taller del zapatero estaba en el límite del bosque y que apenas algunos centenares de pasos le separaban de su amigo y un impulso irresistible la precipitó en aquella dirección.

En efecto, Marcial le había prohibido exponerse á los comentarios y á las habladurías de los zapateros, pero esta vez se trataba de una corta y excepcional visita que quedaba naturalmente explicada con la cosecha que estaba haciendo en compañía de los Boucheseiche.

Por otra parte, Noviembre estaba próximo, ya que solo faltaban unos días para que ellos mismos divulgaran su proyectado matrimonio y de aquí á entonces, decía ella, los comentarios que se hicieran no podían ser peligrosos. Esta reflexión la animó y tomó con paso resuelto el camino de la granja.

No conocía de un modo exacto el lugar en que estaba el taller y no más sabía que estaba á la orilla del bosque, á un tiro de fusil de la granja y mientras caminaban Germana iba dándose esas excusas y haciéndose esos razonamientos que son tan comunes en los que quieren capitular con su conciencia. «Si caigo directamente al camino del taller, será señal de que mi visita no traerá consecuencias desagradables; pero si por el contrario equivoco la dirección no me obstinaré en buscarla y regresaré.»

Mientras se imponía en su inocencia tales condiciones, la senda se alargaba y súbitamente desembocó en un taller desde donde se oía el rumor de una fuente.

«Entonces, se dijo Germana descepcionada, me he equivocado y el cielo no quiere que vea yo á

Marcial.» Y se disponía á volver sobre sus pasos, cuando distinguió á la izquierda una estrecha senda que salía del taller y se aventuró por allí; en un recodo brusco sintió de improviso que le saltaba el corazón, y descubrió á la orilla del arroyuelo el techo cónico de la choza y los útiles del taller. Centenares de zuecos apilados á lo largo de las paredes no le dejaron duda alguna de que allí estaban los obreros.

Se detuvo, y se puso á escuchar. Ni un ruido, exceptuando el que ha-

cían las aguas al correr. La choza estaba desierta, obreros y maestros estaban tal vez también en la cosecha de las hayas. La joven, á pesar de esta decepción, respiró más á gusto. Si la Providencia se había opuesto á que viera á Marcial, ninguna ofensa ni pecado había en ver el taller vacío. Por otra parte, Germana no se sentía con valor de regresar sin haber entrado estando ya allí.

Lentamente la joven penetró en el taller que estaba solo, en efecto, con los útiles de trabajo metódicamente colocados en sus sitios correspondientes, pero se notaba que había tarea y que los obreros estaban fuera. Iba á retirarse, cuando oyó cuchicheos en el cuchitril que servía de cocina. Se aproximó y pudo convencerse de que en efecto había allí quienes hablaban y de que la conversación se animaba por momentos; al fin las palabras de los interlocutores llegaron distintas y tembló toda al reconocer la voz de Marcial, y luego un dolor agudo le despedazó el corazón.

Acababa de oír que era una voz de mujer la que le contestaba, una voz fresca, vibrante, cuyas entonaciones á veces ingenuas y á veces irritadas, no le eran desconocidas.

Una violenta curiosidad la empujó más cerca de la cocina; y pálida y atormentada por angustia cruel, recargó su mejilla contra la frágil pared. Colocada así no solo oía perfectamente, sino que como la pared era de ramas, separadas en algunos puntos, podía ver á los interlocutores.

Uno de ellos era Marcial; la otra como lo había presentado era una mujer, y le bastó un segundo para cerciorarse de que esta mujer era su antigua condiscípula Clarisa Pitois.

—Si, decía Clarisa. Tú eres un pillo, y solamente dices lo que te conviene, pero á mí no me la das, también soy maligna y no se me hace tragar gato por liebre. Repito que ya te cogí en tus picardías y que yo te preparo una que sueñe, pues veo en tí algo que no me gusta, no me gusta...

—En ganarte yo, Clarisa! No sé como podría ser eso, ni cuando podría hacerlo si ni yo salgo del bosque nunca ni tu te separas de mí.

—¿Y qué haces los domingos, pícaro y vil embustero?

—Es posible que haya yo estado alguna vez en Auberive tomando con mis amigos en la taberna. Por otra parte, si tienes dudas, puedes hacerme espiar.

Justamente te he espiado, y lo que ví es lo que me ha metido la pulga dentro de la oreja. Tehas vuelto muy devoto, se te ve siempre en misa mayor telegrafíandote con quien sabe que muchacha. ¿Te atreves á negarlo?

—Cierto. He estado dos ó tres veces en la iglesia con los muchachos de Auberive... Pero de eso á telegrafiar con las chicas, te aseguro que hay distancia. No conozco á ninguna tan bien formada ni tan provocativa como Clarisa Pitois del Valle de Amorey.

—Cállate monstruo! No intentes cubrir la herida restirando la piel, porque es tiempo perdido. ¿Y cuando vas, maldito, á casa de la jorobada también es por acompañar á tus amigos?

—¿Qué jorobada?

—Date del sorprendido...! la mosquita muerta, la Germana

—Esa infeliz! Me haces reír! No vas á sostener que me supones enamorado de ella.

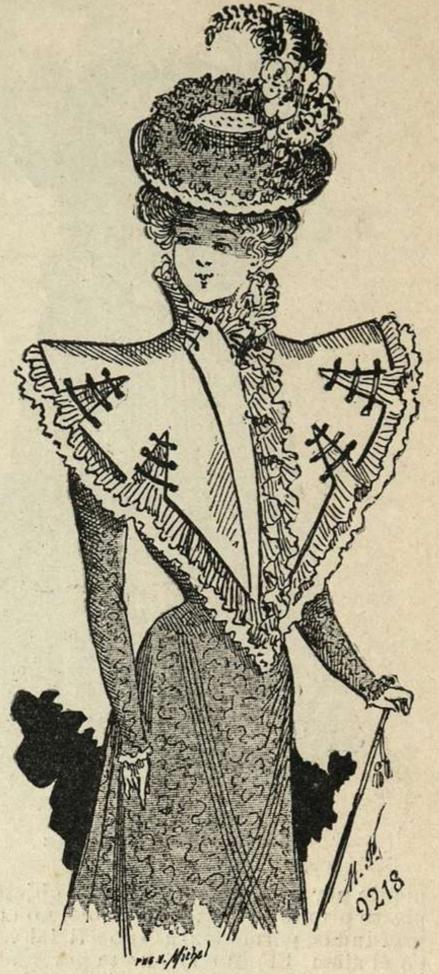
(Continuará.)



TRAJE PARA SEÑORITA



TOILETTES DE PRIMAVERA PARA SEÑORITA



COLLET PARA JOVENCITA

El cuello es alto y es hecho de listón. En el lado izquierdo está adornado con un moño y con una hevilla grande.

El cinturón también es de listón y á un lado tiene un choux de esto mismo.

La manga es angosta, en la parte inferior forma punta, y solo esta adornada con un entredós.

BLUSA DE SURAH.

Esta blusa es de género delgado y todo el cuerpo está hecho de alforzas. En la parte delantera lleva solamente en la derecha una solapa de encaje y á la orilla de ésta tiene un olán tableado.

El cuello es alto, y en la parte de atrás lleva un olán del mismo género, que la blusa figurando cuello médisis.

La manga también lleva alforzas, y en la parte superior tiene un olán que cae sobre la manga.

MATINÉE GASHA. DELANTERO Y ESPALDA.

Es de cachemira ó surah de matiz claro. La forma, recta, está ornada de tres pliegues delante y de un pliegue Watteau detrás; todo lo alto es plissé de pliegues de lino. Las mangas son rectas y fruncidas en los puños. Corbata plissé estilo mariposa.

BIOMBO DE SEDA BORDADO.

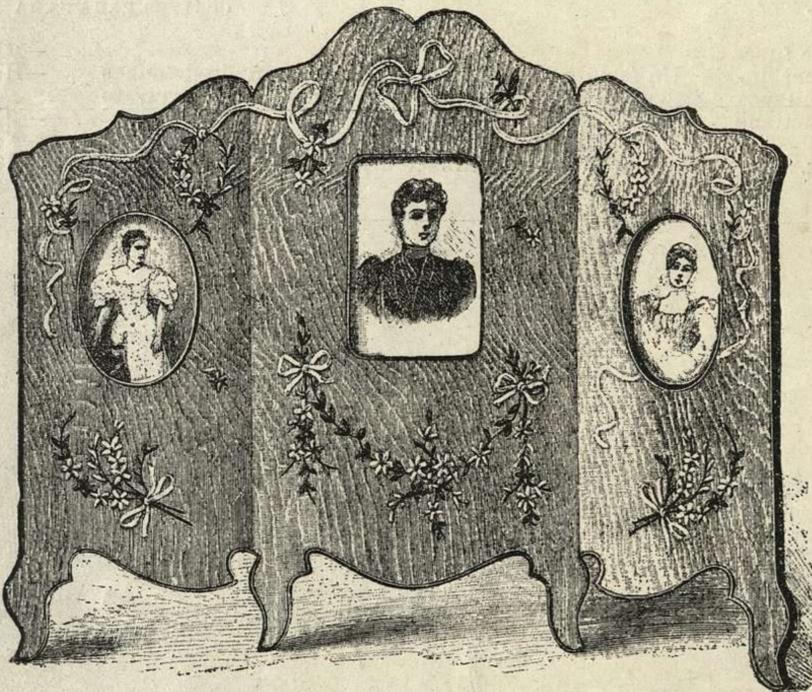
Este biombo que sirve para mesa de sala y para colocar retratos es hecho de un género de seda y está bordado con sedas de color, puede hacerse de etamina.

VESTIDO PARA NIÑOS.

Este vestido es hecho de tejido de gancho con el objeto de ponerle el fondo del color que se desee.

En el talle lleva un olán del mismo tejido el cual cae sobre la falda.

En cada manguita lleva un moño de listón. En el centro del cuello va adornado de un moño, lo mismo que en la parte de atrás.



BIOMBO DE SEDA BORDADO

COJINES PARA CAMA.

Estos cojines son de etamina, y están bordados con sedas de color. Sirven para piés de cama ó bien para respaldo de divanes.

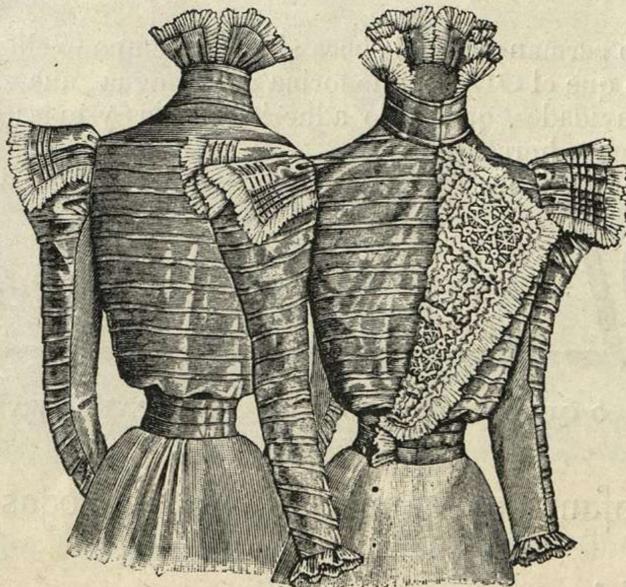
LA SENSIBILIDAD INFANTIL.

La sensibilidad tiene en el niño los mismos límites que su inteligencia. El niño no se refiere en su pensamiento más que á las cosas actuales, su memoria no alcanza más allá del minuto que acaba de transcurrir y no sabe estender sus inducciones hasta el porvenir. Asimismo, sus placeres y sus penas están, por decirlo así, encerrados en el instante presente.

De aquí la viveza y la fugitiva variedad de las emociones del niño. Su vida sensible se compone de cortas cóleras, de llantos y risas repentinas, de penas violentas, de súbitas ternuras y sentimientos, en una palabra tan ardientes como pasajeros. Se concibe en efecto, que el sentimiento del niño, producido sola-



BLUSA PARA SEÑORITA



BLUSA DE SURAH



MATINÉE GASHA. DELANTERO Y ESPALDA

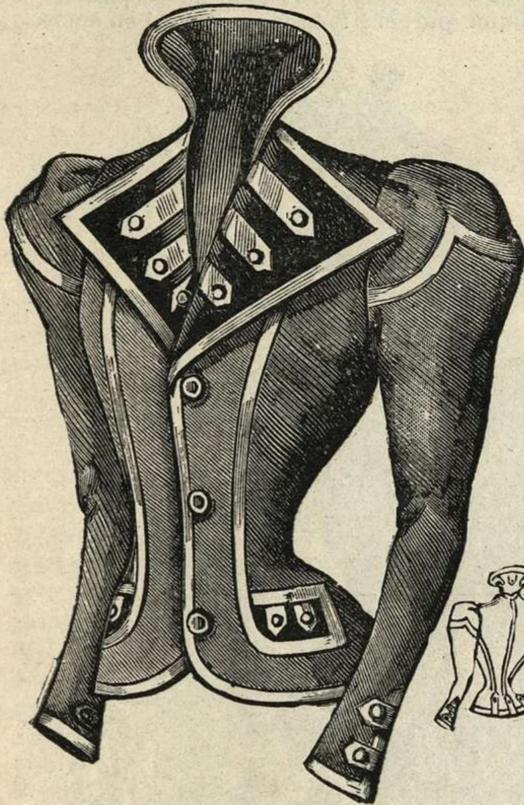
samientos, no ha acariciado en su mente, no ha soñado con la imagen de una Mujer?  
 Nadie, absolutamente nadie.  
 Porque nadie existe sin corazón, sin alma.  
 ¡Cuán insensatos parecen aquellos que acusan á la Mujer de ser el origen de la maldición del Eterno sobre la raza humana!

(Continuará.)

**Nuestros grabados.**

**BLUSA PARA LUTO.**

Esta blusa es muy sencilla y elegante. Está formada de crespón; el talle va fruncido y está sujeto por un cinturón del mismo género.  
 El delantero está adornado con una solapa de pasamanería.  
 El cuello es alto, en la parte de atrás tiene un olán de crespón y figura cuello Médicis.  
 La manga es ancha en la parte superior, tiene un olán y en la parte inferior está cortada en punta, como se ve en el grabado.



JACQUETTE CRUZADA.

**PALETOT PARA SEÑORITA.**

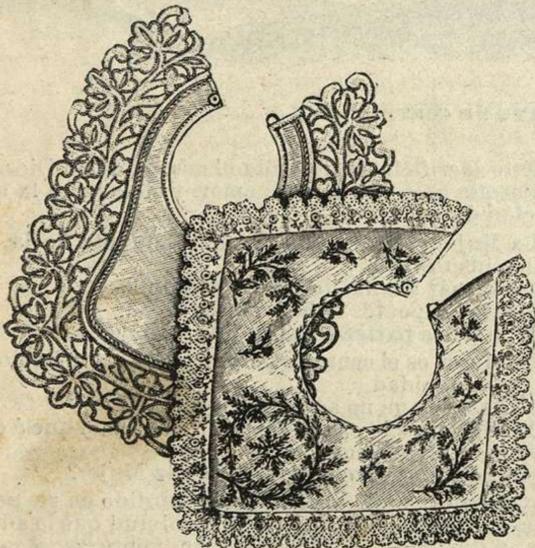
Este paletot es de paño, va todo cerrado y está adornado en el delantero con dos vueltas de entredos.  
 Las solapas son anchas y solo la parte de atrás del cuello está adornada con entredoses.  
 La manga es angosta en la parte inferior, y ancha en la superior, y lleva una vuelta de entredos.

**TRAJE DE BODA Y TOILETTE DE CORTEJO.**

Puesto que el matrimonio es asunto de perpetua actualidad, nos permitimos de cuando en cuando ofrecer á nuestras lectoras un nuevo modelo que les muestre el rumbo que la moda va siguiendo en lo relativo á los trajes de boda. El que ahora les mostramos va unido á otro de cortejo, de una elegancia suprema, pensado y ejecutado para la más ideal de las madrinas.

**JACQUETTE CRUZADO. FRENTE Y ESPALDA.**

Es en drap mastic, guarnecido de tiras de drap blanco punteadas y abotonadas de acero; revés y bolsas de terciopelo Habana, ornados de pequeñas tiras de drap blanco, fijadas por botones de acero.



BABERITOS PARA NIÑOS.



BLUSA MARINERA

BLUSA PARA NIÑAS

TRAJE PARA NIÑA

**JACQUETTES DE ÚLTIMA NOVEDAD.**

De satín obscuro, lisos, el primero con dos grandes espigas á derecha é izquierda, y un gran cuello florentino bordado, con ribetes de muselina avolantada. El segundo con presillas en los brazos, cuello Médicis de amplio y rico bordado y abertura á la izquierda abotonada sencilla y elegantemente.

**TRAJE PARA SEÑORITA DELANTERO Y ESPALDA.**

Falda corselete de falla grano grueso verde capilar, ornado de aplicaciones de guipure crema rebrodée. La falda está recortada en la parte inferior sobre un volante recortado en forma en tafetán cambiante, rosa y verde, guarnecido de un bullonado en la parte baja. El corselete está recortado también sobre un peto de gajos, de tafetán cambiadizo. Mangas de falla de grueso grano guarnecidas de guipure rebrodée y cortadas en largos guanteletes sobre un bullonado de tafetán cambiadizo. Moño de cinta verde al rededor del cuello.

**TOILETTES DE PRIMAVERA PARA SEÑORITAS.**

Ofrecemos dos cuerpos blusas de los que más boga alcanzan en la actualidad en París y que la casa *Jeanne d' Ark* ha lanzado con éxito hace poco.

**BLUSA PARA SEÑORITA.**

Esta blusa es hecha de género delgado, y va adornada con entredos bordado. En el delantero está plegada y cae sobre el cinturón figurando blusa marinera.



JACQUET ULTIMA NOVEDAD

**BABERITOS PARA NIÑOS.**

Estos haberitos son de piqué, puede dárselos la forma que se desea.  
 Se pueden también bordar á mano ó en máquina.

**BLUSA MARINERA**

Esta blusita es de género de lana. En cada lado de la blusa lleva cuatro patitas estando adornadas cada una de ellas con dos botones.  
 El cuello es ancho y á la orilla tiene tres vueltas de cinta.  
 La manga es angosta en la parte inferior y lleva en el puño cinco vueltas de cinta, y la parte superior es puf.

**BLUSA PARA NIÑAS DE 9 A 10 AÑOS**

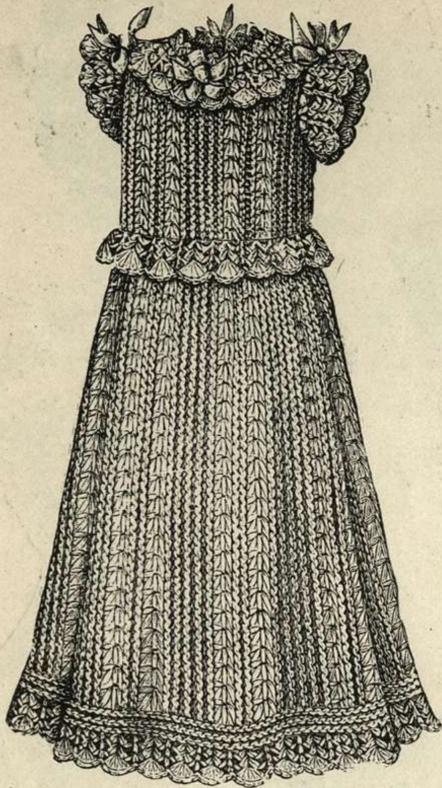
Esta blusita es de punto y en el delantero está adornada con galón de pasamanería.  
 La manga es angosta en la parte inferior y en la superior lleva puf.

**TRAJE PARA NIÑA**

Este traje es para niñas de doce á trece años.  
 La blusa tiene en el delantero un tablón ancho, y en cada hombro lleva cinco patitas.  
 El cuello es alto, y tiene tres vueltas de alforzas.  
 El cinturón es ancho, y en la parte de atrás lleva un choux.  
 La manga es de puf, el puño es muy ajustado.  
 La falda es derecha.



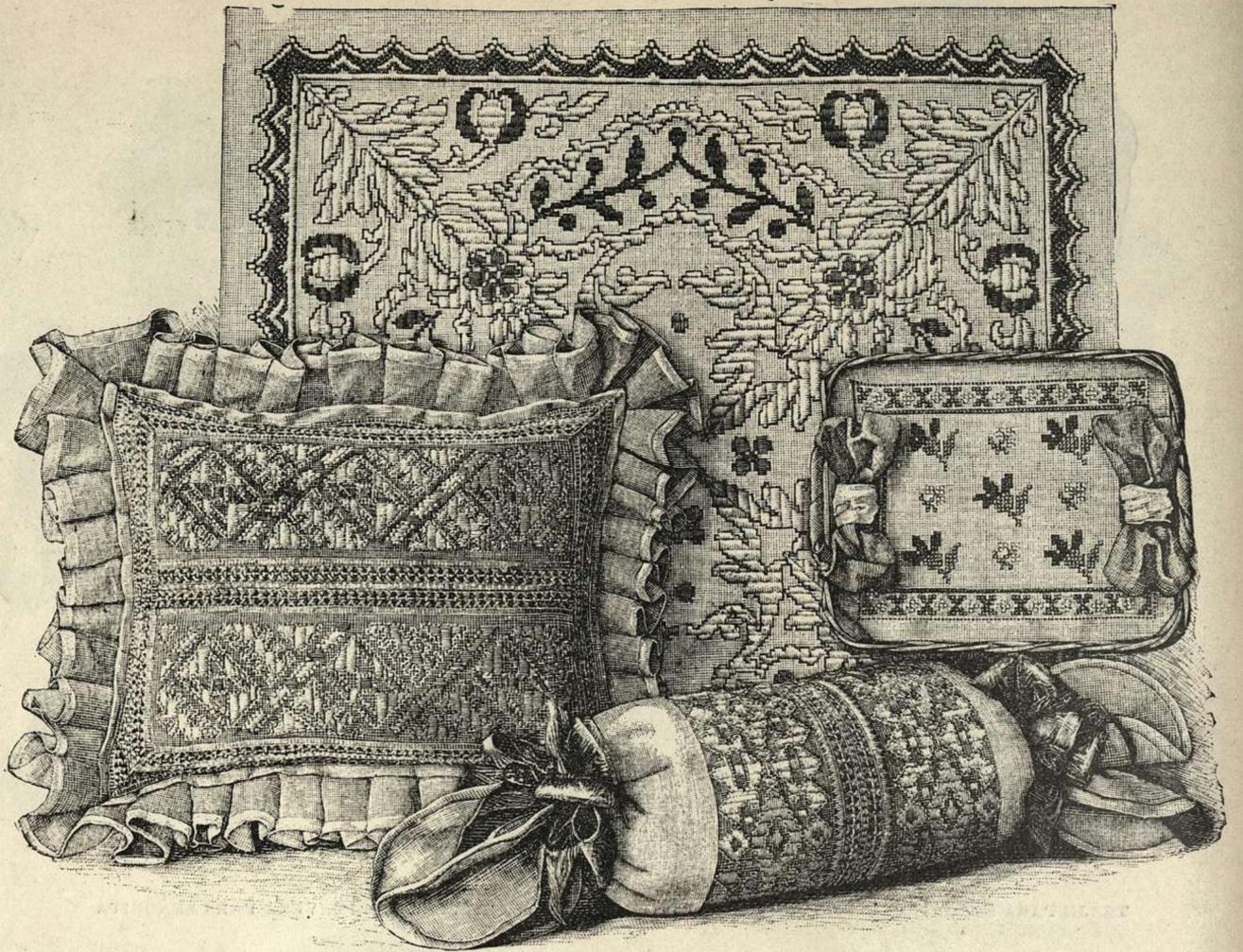
JACQUET ULTIMA NOVEDAD



VESTIDO PARA NIÑAS

mente por la presencia de los objetos, se despierte pronto, y que; en cambio, no eche raíces profundas, permanezca superficial y no se fije en el alma. El niño se exalta por nada y se entrega por entero á la alegría ó al dolor. con todo el impulso de sus fuerzas ágiles y jóvenes. Ríe á carcajadas. llora á mares ó patalea de impaciencia y de cólera, pero todo este fuego se apaga tan pronto como se ha encendido. Cuando el objeto se aleja ó desaparece, el sentimiento no le sobrevive, porque no hay aún en el niño fuerza suficiente de pensamiento para retener y hacer duradera la emoción. En cuanto se le presentan nuevos objetos ó nuevas impresiones, dice M. Sully, se detiene el torrente de su pasión.

GABRIEL COMPAIRÉ.

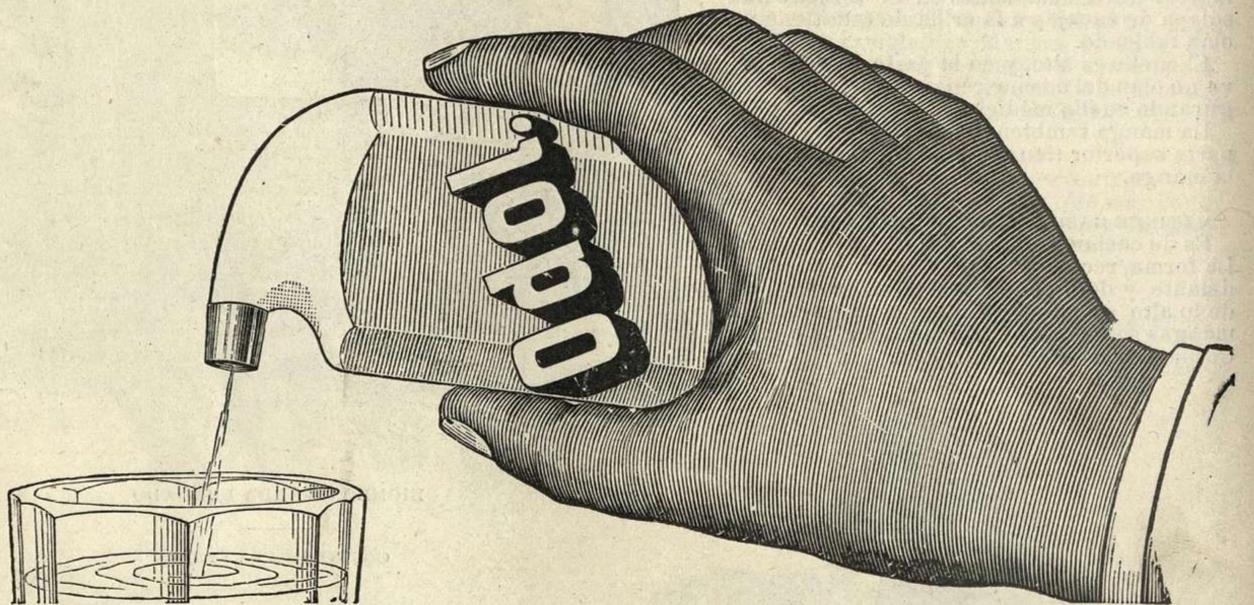


COJINES PARA CAMA

Un famoso usurero que tiene un puñado de onzas en vez de corazón, es padre de un hijo, vivo retrato suyo.  
Un amigo de la casa le pregunta un día al muchacho, para ver sus inclinaciones:

—¿Qué harías si tu padre se muriese?  
—Heredar.  
—¿Qué edad tenía usted, marqués, cuando se casó?  
—No lo recuerdo á punto fijo; pero todavía no tenía uso de razón.

**EL MEJOR**  
—DE TODOS—  
**LOS DENTIFRICOS**



**PORQUE** enteramente distinto de todas las otras aguas, polvos, pastas y jabones, no contiene sustancias que alteran el esmalte y corroen la dentadura.  
**PORQUE** dotado de propiedades antisépticas, impide el desarrollo de todos los microbios que enferman la boca y carian los dientes.  
**PORQUE** todas las demás preparaciones no permanecen en la boca sino un tiempo exclusivamente corto para ejercer la acción antiséptica que pudieran, tener, en tanto que el ODOL, que forma con el agua una emulsión en que se encuentra dividido en gotas finísimas, penetra en todas las cavidades, quedando adherido á ellas y todas las membranas de las encías y la boca y de este manera ejerce su acción por muchas horas.  
**PORQUE** su uso produce una sensación de agradable frescura que no se obtiene con ninguna otra preparación dentífrica.

**EL ODOL** *Además es sumamente barato*

UN FRASCO QUE VALE \$150 ALCANZA PARA VARIOS MESES

Se halla de venta en el afamado Almacén de Drogas de Jose Uihlein Sucesores

CALLE DEL COLISEO NUEVO NUM. 1.

FRENTE AL TEATRO PRINCIPAL